

.892
3h

1

SE FERNANDEZ



LAS HUELGAS

029761

SAN SALVADOR
EL SALVADOR, CENTRO AMÉRICA
IMPRESA «LA REPUBLICA»

03.143
8331.872
FB431
A7

020201
9-796

LAS HUELGAS

Obras del mismo autor.

PUBLICADAS:

<i>La Paz del Alma</i> [novela]	1 Tomo	[agotada]
<i>Rubén Darío</i> [crítica]	1 Tomo	[agotada]
<i>Fiesta y Amor</i> [comedia]	1 Tomito	[agotada]
<i>La Revolución de Oriente</i>	1 Tomito	[agotada]
<i>Pasión y Filosofía</i>	1 Tomito	
<i>Las Huelgas</i> [ests. sociales]	1 Tomo	

PARA PUBLICAR:

<i>María Luisa</i>	[novela]
<i>Novela de un Joven</i>	[novela]
<i>Corazón de Amante</i>	[novela]
<i>Ruido de Armas y Sonrisas de Amor</i>	[novela]
<i>Las Víctimas del Oro</i>	[novela]
<i>Un Drama en el Mar</i>	[novela]
<i>Los Dramas de la Vida</i>	[novela]
<i>La Huérfana</i>	[drama]
<i>Lo que Dios manda</i>	[comedia]
<i>Bosque Sonoro</i>	[versos]
<i>Vida y Amor</i>	[versos]



Introducción

Antes de entrar en materia y, a manera de antecedente ilustrativo, hagamos un giro mental retrospectivo, para historiar un poco el evolucionismo de las doctrinas socialistas, en ese campo mental tan fecundo como sorprendente de las multitudes y organizaciones de trabajadores.

Lo fecundo, proviene de la misma robustez semi-bárbara de las multitudes.

Lo sorprendente, resulta de esa impulsividad y de esa volubilidad que caracteriza a las gentes ignorantes, aunque buenas, a veces, coaccionando con elementos maliciosos, que ya tienen no

ciones generales de las cosas. Los obrerismos, están en escala superior a las multitudes.

Tienen las multitudes sus directores. De la buena o mala conciencia de estos directores, resultan las acciones buenas o malas de las multitudes. Las multitudes, por sí solas, son incapaces de evolucionar, menos de revolucionar, mucho menos de anarquizar. El alma de las multitudes es—como el mar—pacífica, mientras no hay vendavales huracanados que la agiten y la violenten.

Lo justo sería que los actos hostiles y criminosos de las multitudes, fueran castigados en el director o directores de estas multitudes; por el hecho mismo de serlo, son ellos los genuinos responsables.

El modelo de arcilla, es la obra del modelador, su conciencia. Si este modelo ofende a la Moral, o a la Religión, o a la Justicia, por su forma sui—géneris o por su intención, es el autor —sin duda— quien debe responder de tales ofensas. Si las multitudes soliviantadas, cometen desórdenes y crímenes, debe recaer la responsabilidad en sus directores que las llevan a cometer actos tales.

En ninguna época, una multitud ha saqueado una tienda, ni ha entrado a saco a los palacios, ni ha desorejado a ningún infeliz semejante suyo, sin ser lanzada a ello por sus demagogos. En toda época, las multitudes, ya en sesiones pacíficas, ya en acciones violentas, han sido llevadas, han sido conducidas, han sido dirigidas por influencias de gentes superiores a ellas.

En la Revolución Francesa—por ejemplo-- encontramos que, todos los crímenes, todos los actos bárbaros, como todo acto heroico y aun los buenos resultados de aquel levantamiento popular contra los viejos moldes de la monarquía y de la aristocracia, fueron inculcados, de modo arrebatador, por sus fogosos demagogos que, desde la tribuna, movían su alma incauta y altamente sugestible; así mismo por los amables filósofos que echaron la semilla en aquel terreno tan fecundo y tan propicio del pueblo francés. Por eso, la misma Revolución, cuya alma eran la Convención Nacional, primero, y el terrible Tribunal Revolucionario, después, entre sus grandes defectos y de sus atroces crímenes, ofreció

actos de justicia: Marat, Robespierre, Dantón, sus principales demagogos anarquistas, fueron enviados al cadalso. Sus irreparables errores y la gran ingratitud, fueron: el decapitamiento de sus apóstoles, Camilo Desmoulin, Gabriel Riquetti de Mirabeau, etc.

De esto se deduce; que el ser director de multitudes, es tener la conciencia de su responsabilidad: que la doctrina o doctrinas que propaguen o inculquen en las mentes incultas de las multitudes, debe o deben ser doctrinas sanas, justas, humanas y, de acuerdo--sobre todo--con los intereses encontrados: que la demagogia no se haga odiosa, cuando debe ser un apostolado bendecible. En una palabra: la demagogia anarquista, no debe ser permitida por los Estados, quienes deben hacer uso del derecho de expulsión, si se trata de extranjeros, y de castigo dentro de la jurisdicción del Estado, por leyes del Estado, si se trata de conciudadanos.

Puede decirse que estas doctrinas de carácter democrático, surgieron al estallido revolucionario, cuando los pueblos sintieron en todo su duro rigor, el poder

de los señoríos feudales, regímenes autoritarios que muchas veces estuvieron frente a la autoridad del mismo Rey, del que aparentemente dependían los señores feudales.

Entre la clase social elevada [aristocracia] y las clases humildes [proletariado] ha existido siempre una clase media, la burguesía. Esta clase social la han formado y forman los obreros adinerados y de principios generales de educación; también se forma de los elementos estudiantiles, ya profesionales, que generalmente proceden de padres adinerados. Pues bien: de entre estas burguesías ilustradas han surgido y surgen esos hombres que se ponen al lado de las muchedumbres para despertar en ellas ideas nuevas de renovación o con otros fines diversos, enseñándoles desde la tribuna y preparándolas para la acción.

Una de las primeras doctrinas puestas al alcance de las multitudes, parece que fue la democracia, como para ponerla en oposición a la aristocracia reinante autoritaria y despótica y, a veces feroz. Luego, en el devenir de las ideas, asomaron nuevos directores manejando nuevas doc-

trinas dentro de la misma democracia. Dentro de esta democracia, pues, surgieron y ramificaron: el socialismo liberal y el democrático. Estos a su vez se han subdividido tanto como sus propagadores, en: socialismo colectivista, comunista, y anarquista. El Comunismo anarquista se ha alambicado en su última forma, su forma extrema: bolshevismo. Este sistema extremista, tal como se dice que impera en Rusia, es la última palabra del desorden, de la bancarrota y del crimen.

No es de la índole de este libro, estudiar cada una de estas organizaciones socialistas; sólo seguiremos haciendo algunas relaciones, conforme a la idea que seguimos.

Si en Alemania sentó sus reales el socialismo científico con Carlos Marx, en Rusia sentó las suyas el comunismo anárquico, con Bakounini. Marx creó su escuela: el marxismo que reunió en derredor numerosos discípulos y prosélitos: Pero la escuela de Bakounini fue mucho más próspera, y cundió más rápidamente en el alma agreste del obrero ruso, del campesino y del mujik y del co-

saco. El anarquista formidable, Kropotkin, le siguió en la obra, dando a los espíritus aprehensivos del pueblo ruso, su gran grito de guerra con «La conquista del Pan». Kropotkin, con ocasión de los últimos acontecimientos anarquistas de Rusia, ha visto patéticamente el lado práctico de sus terribles doctrinas; y el formidable combativo ha sentido horror, por el modo cómo el campesino ha interpretado sus doctrinas, y las ha puesto en la práctica. El terrible anarquista ha tenido que protestar de sus partidarios, éstos naturalmente le han motejado de traidor a sus mismos principios. A Pedro Kropotkin siguieron más moderadamente propagando el anarquismo, el evangélico Tolstoi, Máximo Gorki, y otros muchos. Gorki, — alma ante todo — de novelista, se ha horrorizado, así mismo, de los estragos del anarquismo puesto en práctica por los campesinos y obreros. Dos hombres feroces han encarnado últimamente esas doctrinas ilusorias del anarquismo en Rusia: Lenin y Trosky. El bolshevismo es la denominación de este sistema político; y el Soviet, la forma del Gobierno [Consejo de obreros y

soldados] El bolshévismo es un partido puramente personalista. Procede de Lenin y Trosky. sus fundadores, sus sostenedores.

En tiempo del Czar Nicolás, germinaron en Rusia muchos sistemas de partidos. El partido terrorista (nihilista) sobresalió y puso en jaque al Czarismo: era el principio del bolshévismo. Y en el maremágnum de partidos políticos, se distinguieron dos, por su preponderancia y eficaz propaganda: los socialistas "mayoritarios" y los socialistas "minoritarios". Uno frente al otro, opuestos en sus tendencias, se disputaban con calor la supremacía en los congresos rusos. Triunfaron los "mayoritarios" de sus contrarios, los "minoritarios". De aquí que los "mayoritarios" se llaman en ruso "bolshhevikis", y "menchevikis" los minoritarios. Ambos partidos pertenecen a la democracia rusa. Pero el primero, intransigente, extremista, terrible, radical, al mismo tiempo halagador para las masas, tuvo más prosélitos, habiendo tenido un fogoso propagandista: Kropotkin. Mientras que el segundo, "mencheviki", moderado, moderno, huma-

no, halagó poco a las masas de obreros y campesinos, y sólo se hizo de partidarios en la clase burguesa.

De las dos escuelas, la marxista y anarquista, mientras la una llega a los límites prudentes del comunismo, la otra vá más allá de lo legal, del orden, de lo humano; y quiere—por tanto—el guillotinado de todo lo establecido, para formar sobre sus escombros, un sistema nuevo de vida comunista. Nada de gobiernos, nada de autoridades, nada de jefes que ordenen; nada de aristocracias, nada de capitales individuales ni colectivos. Todo debe vivir por el milagro de la fraternización espontánea, por un singular acuerdo común de todas las clases sociales. Abajo el capitalismo, abajo los grandes ricos, abajo las grandes propiedades. Todos deben ser iguales, todos deben comer el mismo pan, la misma ración: el hombre fuerte debe comer tanto como el hombre débil; el rico como el mendigo. Nadie trabajará sino lo que quiera, pues todo caerá del cielo.

Todo esto, como se vé, es el paraíso.

Con razón entusiasma tanto a los ignorantes y a los tontos.

¿Qué justo, qué razonable es que se le arrebate por la fuerza bruta su legítima propiedad a un hombre honrado, aquella propiedad que posee y que usufructa conforme a las leyes, y para el sostenimiento de su familia? ¿Qué justo, qué razonable es que el médico, el abogado, el ingeniero, gane el mismo jornal que el peón, que el jornalero, que el carretero, que el boyero, etc, etc.?

¿Qué justo, qué razonable es que coma la misma ración de pan, de carne, de vino, el hombre fuerte que ha trabajado más horas al día, que ha gastado más sus fuerzas orgánicas en la producción, que el hombre débil, el inapto que no ha producido gran cosa, y no ha dado a la producción el sumun de sus fuerzas que no tiene?

Ruín por todos lados, e injusto en todas sus partes.

Veamos cómo razonan los anarquistas, para componer al mundo—según ellos—por medio de su grande y único recurso, la Revolución, quitando los capitales individuales, suprimiendo los gobiernos y las clases sociales, y comunando la producción y el reparto del producto, todo

índefectiblemente por medio de la Revolución, saliendo adelante del fenómeno común de la escases de producción, de manera que haya para todos, en todo tiempo, permanentemente. Razonan así:

«Hoy, una gran parte de la población vive en la ociosidad y consume sin hacer nada; pero después de la Revolución trabajarán todos, y la parte del trabajo de los que entonces producen disminuirá el esfuerzo proporcionalmente. Este mismo fenómeno repercutirá de los campos a las fábricas y de las fábricas a los campos, haciendo la abundancia de los productos agrícolas, menos costosa la fabricación de las máquinas, y la baratura de la maquinaria más fácil la producción agrícola.»

En sólo este párrafo anarquista, hay varios errores; pero es una bonita red de optimismo. Vamos a destruir esta red. Primero, no es cierto que la Revolución tenga—por arte de magia—el poder de hacer que los actuales ociosos busquen trabajo después. Se ha querido decir que con la nacionalización de toda causa de producción, se verán forzados a trabajar para comer todos; pero no se ha querido ver la parte científica del asunto. El ocio generalmente es una enfermedad, porque el ocio es el resultado, muchas veces, de la pereza. La pereza no

se cura con Revolución; habrá que devolver la salud y la energía al cuerpo enfermo. Además, el ocio ha adquirido muchos vicios: el juego, la indolencia, la vagancia, que acompañan al cuerpo a donde quiera que va, y constituye una segunda naturaleza humana, difícil, por tanto, de curar. Otro además: como la Revolución—según los anarquistas--tendrá la virtud de que se produzca todo en abundancia, un recurso menos para obligar al ocioso a que trabaje, puesto que todo lo que necesite, lo tendrá con sólo alargar la mano. Segundo, suponiendo que después de la Revolución, todo el mundo se vea obligado a trabajar para no morir de hambre, forzosamente habrá dejado la misma Revolución un montón de mancos, de cojos, de ciegos, de torcidos, etc. Al menos que sea una Revolución benigna, inofensiva, simpática, que lo haya podido cambiar todo, sin sacrificios humanos. Pero entonces no sería Revolución, sería Evolución. Pero las evoluciones no rompen ni dan vuelta a nada de un sólo golpe de maza, violento. La índole de las evoluciones es minador, lento, constructor,

inocente, indestructor. Bien es cierto que la ciencia moderna puede ahora sustituir una pierna, un brazo, una mano, un ojo; pero, por muy perfecto que sea ese trabajo científico, nunca podrá el hombre artificial trabajar y producir tanto como el hombre natural. Juntemos todos estos desperfectos improductivos dejados por la Revolución, con los ciegos, los decrepitos, los paralíticos, los idiotas, de que siempre hay gran número en las sociedades, y se verá que la balanza difícilmente mantendrá su fiel, echando en un platillo los ociosos que van a trabajar, y en otro, todos estos que no podrán trabajar, a pesar de todas las Revoluciones anarquistas. Y tercero, no es cierto tampoco que la «abundancia de los productos agrícolas» hace menos costosa la producción de las máquinas, abaratándolas, pues. Se pensará hacer creer que un montón de trigo, de frijoles, de arroz, sean suficiente motivo para abaratar las máquinas, diciendo: que si el fabricante de máquinas puede comprar a bajo precio los comestibles, puede pagar menos precio a sus ingenieros, a sus operarios, pudiendo ven-

der baratas sus máquinas. Esto sería cierto en parte, en el caso de suponer que habría abundancia de los demás ane-
xos a la alimentación del hombre [pata-
tas, coles, lechugas, sal, manteca, etc.]
Pero lo más cierto es que la abundancia
en producción de máquinas, y su baratur-
ra, por consiguiente, radica en la abun-
dancia y baratura de la materia prima.
Allí donde hay mucho hierro, mucho co-
bre, mucho acero; allí donde haya mu-
chos hornos metalúrgicos, allí podrán fa-
bricarse muchas máquinas, y, según que
el mercado sea bueno o no, se podrán
vender baratas, o se exportan, en el úl-
timo caso.

Ya se ve, pues, cómo de la ilusión op-
timista, a la realidad de las cosas, hay
mucho distancia.

Y, en este ilusionismo peligroso, se
basa todo ese edificio fantástico de los
anarquistas, en donde quieren encerrar
al mundo, con todos sus pertrechos y ba-
gajes.

De este modo está condenado al fracaso
eso que se llama «bolshevismo.»

Como no es posible fundamento algu-
no de estabilidad, de consolidación, en

semejantes medios, sistema tal no podrá subsistir a las grandes reacciones sociales que tendrá que enfrentar. Con esto se restablecerá un sistema político-económico y social, justo, viable, consultando todos los intereses, todas las necesidades, todas las capacidades.

Sin armonía no hay sociedad.

Sin gobierno no hay Estado.

Todas las sociedades, ya sean políticas, civiles o legales, necesitan para su estabilidad, y para su funcionamiento, de un cuerpo director, o ya sea de un Consejo, compuestos por las personas más honorables y más peritas en tal o cual negocio. Pues bien, todo esto, en cualquier modo que opere, se llama gobierno. Porque hay unas personas que arreglan y mandan y, otras personas que obedecen, con facultad del examen, de la protesta, de la crítica.

Es indudable que en el orden complicado de los intereses de los Estados políticos, es muy del caso esa reunión de personas más prominentes del Estado, para que manejen y conduzcan por buenos carriles, la marcha de todos esos intereses complicados. Sólo que estos go-

biernos, siguiendo el espíritu de los tiempos, no deben hacer sentir su poder superior, de modo grosero, autoritario y bárbaro, en el alma de su pueblo, de sus comitentes que han tenido la confianza de encargarles del manejo de sus intereses comunes.

Solamente hasta cuando todo el mundo sea igualmente educado e instruido, hasta cuando todos—sin excepción—sean unos hombres santos, unos hombres dulces, mansos, incapaces de protestar, podría ponerse en vigor ese sistema de los extremistas, que quieren que los pueblos se gobiernen por sí solos, sin gobiernos políticos ni civiles de ninguna clase y en ninguna forma. Y, cómo este bello idealismo sería el colmo de la felicidad humana, probablemente nunca llegará eso, por su misma razón. ¡Un paraíso sería el mundo!

Pero no hay duda que sería ello una bella conquista de la mansedumbre cristiana.

Toda conciencia equilibrada, tiene que reprobar las hecatombes, los crímenes, aunque sean las hecatombes y los

crímenes que fueran necesarios para fundar nuevas civilizaciones.

En el vivir moderno, ya las prácticas violentas de destrucción, para reconstruir, deben ser reemplazadas por otros procedimientos que estén acordes con el avance civilizador: el poder de la convicción, del razonamiento, deben ser las catapultas para demoler prejuicios, y elevar nuevos órdenes de vida. El poder del espíritu es el que debe obrar y hacer, iniciar y reconstruir. Toda fuerza que esté respaldada por la bomba y el puñal, es odiosa, y puede que sea un fracaso en el terreno de los hechos. Estaba bueno todo esto para los tiempos que hemos dejado muy atrás, para los tiempos de los Gengis-Kan, de los Solimán, de los Atila. La civilización es algo que debe imponerse, y es la que debe enderezar la marcha de la vida moderna de los pueblos.

Todo extremo es sumamente aventurado, y es algo que debe evitarse; porque atropella los medios para llegar a los fines: acción procesal completamente ilógica. Una acción que justifique la amorización de medios justos y que puede

servir de influjo igualador entre los intereses todos, y entre las clases todas, parece que sería más apreciable y la que debería regir, con discusión sistemática.

Nunca el extremo para atrás y condicional para adelante. Pues, como hemos de avanzar siempre, siempre, hemos de hacerlo conforme con los dictados de la razón, de la justicia y, de acuerdo con las circunstancias del medio ambiente social, político y espiritual.

Por eso es que la Anarquía, como práctica, es odiosa: ofende la conciencia equilibrada del hombre. Como sistema político, es inconveniente, puesto que para reformar, hace explotar una bomba entre las multitudes, para suprimir la vida de un Ministro o de un *leader* contrario que le estorba. Y arma el brazo de un afiliado fanático, para quitar al Estado su Jefe o, a la agrupación contraria sus corifeos. Este sistema no pára en medios: para alcanzar sus fines, no le importa sacrificar muchas vidas, muchos intereses; no le importa dejar huérfana a una familia, no le importa quitar a las sociedades civiles, el talento, la belleza; no le importa nada que no

sea el triunfo de sus ideas. Poco más o menos, es lo que ha pasado o está pasando en Rusia, durante su incabable revolución, durante su interminable desbarajuste político, económico y social. La cabeza del burgués no está firme en sus hombros, la del aristócrata no vale el precio de un comino, la del mismo obrero, la del mismo agitador, no están seguras de ver el sol del otro día: esto es el caos verdadero. El pueblo ruso tardará mucho en reponerse, aun por mucho tiempo después de haber acabado con Lenin, Trostky y con todos los sicarios que han plantado en Moscou, en Petrogrado y en muchas otras partes de Rusia, su infernal sistema político. Porque ellos serán vencidos, tarde o temprano: la reacción es inevitable; la aristocracia y la burguesía son elementos indispensables en el convivir de las sociedades, en el desarrollo de las naciones; por consiguiente, no podrán permanecer por mucho tiempo inactivos, no podrán soportar por mucho tiempo el azote bolsheviki, no podrán por mucho tiempo vivir lejos de su familia, de su propiedad confiscada y destruída. Ellos

tienen que reaccionar; pero ellos tienen que hacerlo tremolando una bandera que represente para el pueblo ruso, la promesa de días mejores, de pan y de dineros; ellos tendrán que venir con bandera de armonizaciones, de concordia, sin falacias ni engaños, para que el movimiento libertario sea unánime, sea popular, sea movimiento del pueblo que resurge. De este modo vendrán a ellos los obreros, los campesinos, que ya no comulgan con la letanía de los Lenin, que ya están cansados de ser los verdugos de sus hermanos, que ya han visto que el bolshevismo, no es la promesa de sus felicidades, ni mucho menos. Nada de zarismo, nada de reyes autócratas, nada de Soviets despóticos y criminales. Debe fundarse el Gobierno con los principios modernos; debe proclamarse un Gobierno ruso para el pueblo ruso, un Gobierno representativo, democrático, popular, sujeto a una estricta y, a la vez, liberal Constitución, al igual de los gobiernos de las democracias americanas. A Rusia debe llevarse el sistema gubernamental de Norte América. Este país debe hacer de Rusia una obra americana.

El movimiento que ha iniciado Wrangel en la Crimea, con las simpatías del pueblo francés, puede ser el principio del fin de ese bandolerismo rojo que se llama bolshevismo, a menos que el Soviet o los Trotsky y Lenin cambien de rumbo, y comen en sus sueños locos de destrucción y exterminio; pero para que Wrangel triunfe, será indispensable que la simpatía de las potencias aliadas vaya acompañada de pertrechos guerreros para ayudar a aquel ruso que se ha enfrentado con alzado — a los enemigos de su patria superiores a él. Pero si Wrangel es vencido, como es probable si no lo apoyan efectivamente los aliados, siempre sobrevendrán nuevos alzamientos revolucionarios, que pueden muy bien dar en tierra con el bolshevismo. [1]

¶ Pero bien: por una contradicción perfectamente explicable en los espíritus nebulosos, en el alma del hombre inculto o semi-inculto, esa doctrina de los bol-

[1] Este libro fué escrito en septiembre de 1920, es decir, dos meses y medio antes de la derrota definitiva del General Wrangel.*

shevikis rusos, ha tenido resonancia en las agrupaciones obreras no sólo de Europa sino también de las Américas. Y es que esas doctrinas son tentadoramente halagadoras, prometedoras, simpáticas, fanatizantes, en teoría y para la concepción espiritual de cada uno, aunque en la práctica sea un verdadero desastre, como lo están demostrando los rusos soviéticos. Tiene una cualidad excelente esa doctrina: no la comprenden las masas; por eso se dejan éstas engañar por el relumbrón de la bonita literatura, llenando de ilusiones el alma de la pobre gente. En teoría ilusiona a las masas diciéndolas que en ellas encontrarán los reinos del cielo, y que en la tierra tendrán su paraíso, regalándose la vida, sin trabajos fatigantes, trabajando cuando quieran, con quien quieran, en donde quieran y como quieran. Trabajen o no trabajen, tendrán siempre pan y vino, para ellos, para los hijos, para todos. Y, las masas siempre ignorantes y siempre sugestionables, van a ellas con el entusiasmo y el fanatismo de la sugestión. Y van a servir de carne de cañón ¿para qué? para las ambiciones de rapiña y

despotismo de sus agitadores, de unos Lenin y unos Trotsky, que son los más visibles para nosotros los de este nuevo Continente. Y, las mentidas felicidades no llegan para las masas soliviantadas. Y, ellas han disminuido considerablemente en número, porque han caído des trozadas por la bala de los contrarios, en choque feroz de unos contra otros, los hermanos, los obreros, los campesinos,

Han ido a la lucha, han triunfado ¿y qué? Las masas son las mismas de antes, el obrero está peor: ahora se muere de hambre; el campesino está arruinado, porque no se venden sus lechugas.

Y, las masas que, no por serlo, dejan de ver lo que les pasa, se han recogido un poco en sí mismas, miran ya con torcidos ojos a sus ídolos de ayer, y refunfujan cabizbajos: el pueblo está en actitud de rebelarse contra sus falsos ídolos. La implantación de un nuevo régimen de orden y de garantías, de libertad y de trabajo, debe aprovechar el momento psicológico de las masas rusas.

Pero, mientras tanto, las prédicas de aquella doctrina sanguinaria, se están extendiendo a todos los pueblos del mun-

do. Y, como ilusiona a todas las masas populares, todas las masas populares se entusiasman fácilmente, y fácilmente también la ponen en práctica. El recrudecimiento de las huelgas, son un resultado inmediato de aquel aprendizaje que están haciendo los obreros y los campesinos de todas partes.

Es asombrosa la actividad de los agentes bolshevikis para extender por los rincones del mundo, sus falsas e irrealizables doctrinas. Se ha necesitado una vigilancia activa de los gobiernos, para evitar que las clases sociales de su Estado, entren en la anarquía; y, en donde descubren un solapado agitador bolshevik, luego le aplican el correctivo de la expulsión o el castigo señalado en sus leyes, según que el agitador proceda del extranjero o, que sea ya un discípulo connacional. Pero no obstante estas vigilancias, el contagio no se evita y luego se vé en los campos de la práctica, el resultado de aquel contagio fanatizador.

Nuestros pueblos de este lado del nuevo Continente, están empezando a recibir los influjos trastornadores del caos bolshevik de Lenin y Trostky. Por eso

salimos al frente contra ese avance de la anarquía social; porque entendemos que, una vez propagada en nuestras clases populares, sería mucho más funesto quizá que lo de la Rusia misma: nuestras clases populares están en un grado bastante inferior de instrucción, de educación, de comprensibilidad. La ilusión bolsheviki, pues, tendría en ellas un enorme grado de fanatismo impulsivo y violento. Fácil es comprender lo malo que esto sería para nuestros pueblos que empiezan a prepararse para una vida más seria.

Aplaudimos, desde luego, al socialismo, puesto que somos con el pueblo, y queremos que este pueblo alcance su grado superior de conciencia y razón; y, que al igual de todos, se beneficie de sus progresos propios; pero entendemos que nuestro socialismo debe ser el socialismo que se desarrolla metódicamente, de etapa en etapa, de grado en grado; y, que, una vez salido de la teoría y llegado a la práctica, a cada uno beneficie según sus capacidades físicas y mentales, de modo que encuentre en este beneficio, el suficiente motivo para estar contento y satisfecho de ser un ciudadano, de ser un

miembro social, y que esté contento—asi mismo—de pertenecer a esa humilde y noble clase social que se llama pueblo. Porque las violencias y las intransigencias, la torpe fogocidad, provocan el desórden, la anarquía, la matanza, la destrucción, la ruina; ¿qué puede edificarse en un cementerio? Tumbas. Las revoluciones armadas son tolerables, y aun son buenas, cuando se llega a un estado en que es necesario al mismo orden de cosas viciado, salido de sus carriles; o, cuando la doctrina misma lo requiere imperiosamente, para su implantación; es decir, somos revolucionarios, solamente para los casos en que se han agotado los otros medios.

No somos anarquistas y, por consiguiente, condenamos esas rojas doctrinas, por esto: porque sus ideas, sus principios, son ilusorios en la práctica, por ser demasiado idealistas, demasiado infinitas y, porque, en cambio, sin contemplación alguna, intransigentemente, necesariamente, camina con un saco de bombas de dinamita, y un arsenal de puñales, para hacerse imponer.

Las evoluciones marcan los grados de

adelante en los pueblos; no hay que pre-
cipitar los acontecimientos, no hay que
pasar sobre las leyes eternas. Seamos
revolucionarios conforme al dictado de
las leyes naturales.

El recrudecimiento del huelguismo en
Europa y parte de la América, y el apa-
recimiento de huelgas en nuestros medios
sociales, nos hace escribir este libro.
Trataremos de estudiar su sentido filosó-
fico, su sentido psicológico; haremos re-
sultar sus inconveniencias y sus conve-
niencias, el modo de reglamentarlas y de
corregirlas. Lo que significan estas
huelgas entre nosotros, sus peligros. De
esto trataremos en los capítulos de este
libro.



Las Huelgas

CAPITULO PRIMERO

¿QUÉ SON LAS HUELGAS? SU ORIGEN.

I

Las huelgas son - en su sentido lato— la protesta práctica y comunmente violenta, del trabajo contra el capital; de otro modo; es el despertar de la conciencia del hombre trabajador, que defiende el desgaste de sus fuerzas orgánicas puestas al servicio de la producción, contra el capital para resguardar su vida y la de su familia.

¿Efectivamente evoluciona la vida de las sociedades, de los pueblos? Los descubrimientos científicos, el simplicismo gubernamental de los Estados democráticos; ese paso sucesivo de emperadores a reyes, de reyes constitucionales a pre-

sidentes republicanos; las formas renovativas de las ciencias, de la filosofía, de las artes; la pureza cada vez mejor de mezclas raciales; las doctrinas que mueren y las doctrinas que nacen, en fin, son indicios indiscutibles de evolucionismo constante, tanto del individuo como de las sociedades, tanto del mundo espiritual como del mundo material.

Los espíritus observadores, los analíticos y los filósofos, meten su escalpelo a través de estos fenómenos, se aprovechan de la experiencia hecha sobre ellos, sacan consecuencias, y deducen enseñanzas para las nuevas generaciones. Los fenómenos evolutivos pues, tienen por vehículo seguro, para invadir nuevos mundos mentales, las lucubraciones del analítico, del filósofo.

De ahí esa ley de renovaciones constantes absorbidas por las futuras generaciones, por las provinientes sociedades.

De aquí las reconstrucciones, cada vez más amplias, más delicadas, más visibles.

La enseñanza histórica de las sociedades, nos entera de que, en toda época, el hombre ha vivido del hombre, es decir: el hombre más agudo de ingenio, ha ex-

plotado la ignorancia de su vecino, éste a su vez más despierto que su otro vecino que se parece a un mujik, explota a su turno a éste. Y, así van dando vueltas como grandes astas del molino social.

Antaño, el capital (no Capitalismo que es término moderno) tenía bajo sus plantas al trabajo, y este grosero imperialismo ha venido subsistiendo a través de las grandes evoluciones y aun a las revoluciones sociales. Los señores poderosos han hecho siempre del obrero, del jornalero, del peón, un servidor esclavizado. Primero se llamaron estos grandes amos y tiranos, feudatarios; en seguida desapareció aquella forma grotesca, y apareció otra no menos grotesca y tiránica, los patronos y, al lado de éstos, surgió también ese otro tirano y estrangulador de brazos: el Capitalismo. En economía social, pues, ha sucedido exactamente lo que en política: fueron emperadores y tiranos los primeros que subyugaron pueblos y esclavizaron hombres.

Pero, conforme a esa ley evolucionista que rige las fases de las sociedades, nada puede quedar estacionario, so pena

de pudrirse y de morirse. Por eso es que, lo que antaño guardaba perfecto equilibrio, en el desequilibrio tremendo del capital sobre el trabajo, hoy, en los tiempos modernos, eso mismo es causa de un movimiento vivo, a veces alarmante, y de concepto general en todos los pueblos del Globo. El capital no solamente no mantiene su poderío subyugador, sino que ha tenido que tomar nueva forma, viniendo a convertirse en Capitalismo, es decir, el capital rejuvenecido por los inventos, y metido en carriles científicos. Y, al igual de transformarse para subsistir al despertar de las fuerzas gremiales, ha venido cediendo —paso a paso— en su imperialismo intransigente, de tal modo que, a estas horas, el Capitalismo ha venido sufriendo una serie de crisis, a causa de la preponderancia que están tomando las federaciones obreras. Desde sus primeras manifestaciones, las sociedades obreras han sido vistas por el Capitalismo como sus enemigas, y este concepto inadecuado, ha producido no pocos conflictos, viniendo— naturalmente —a chocar estos dos poderes. Pero, a medida que el obrerismo se alecciona,

se compacta, se educa, se organiza, en
lla, esta enemistad entre el Capitalismo
y el obrerismo societario, va desapare-
ciendo, por lo menos, está siendo menos
tiraute, y nuevas componendas amiga-
bles entre uno y otro, surgen para solu-
cionar las cuestiones más fácilmente. Pe-
ro, preciso es confesar que, estos dos
grandes grupos antagónicos, por sus in-
tereses encontrados, han tenido que cru-
zar por un serie de crisis, algunas veces
sangrientas y deplorables, de pérdidas
considerables no solamente del empresa-
rio y del patrono, sino también del Es-
tado, ocasionándole a éste los gastos
consiguientes, a sofocar las rebeliones o,
solamente en hacer uso de la fuerza ar-
mada para guardar el orden. La socie-
dad también ha salido lastimada en
gran parte, pues durante el tiempo que
las huelgas se mantienen, dejadas las
herramientas, el taller abandonado, las
fábricas paradas, carece de todo aquello
que le es indispensable para su vida. Y,
como a medida que dura la rebelión
huelguista, los artículos suben de pre-
cio, el sacrificio del gasto mayor les hace
tener horas de verdaderos apuros. Esto,

toca naturalmente al pueblo consumidor, al proletariado, y a una parte de la burguesía; porque a las clases adineradas bien poco les afecta el alza de los artículos de primera necesidad y, ni aun los de lujo.

Es el pueblo—que generalmente es pobre—el que sufre todas estas consecuencias, por pequeñas que sean. Y, es preciso no tiranizar más y más al pueblo, a quien, si no se ampara y favorece por lo menos no se le castigue, no se le acose.

A la pregunta ¿qué son las huelgas? ya contestada, surgen otras: ¿son justas o injustas las huelgas? ¿Son convenientes o inconvenientes? ¿Qué significan estos fenómenos económicos ante la sociedad y el Estado?

Vamos a tratar de contestarla primera y las últimas, ya que la pregunta intermedia ¿son convenientes o inconvenientes? tendrá capítulo separado en este libro.

Si la defensa del interés colectivo tiene alguna semejanza con la defensa del interés particular, no hay duda que la protesta del hombre trabajador, pidién-

do más razonable paga por el desgaste de sus fuerzas orgánicas, en provecho de la riqueza del patrono, es perfectamente justo; y, deploramos que, por el atraso general de las masas populares, no se haya sabido apreciar esta ventaja a sus intereses comunes, con más anterioridad. Hemos denominado interés colectivo esto de la protesta obrera, contra el patrono, por cualquier circunstancia relativa al trabajo; porque, si bien en último resultado beneficia a cada obrero en particular, o a cada grupo de obreros, en la ejecución de la protesta se unen por el mismo lazo del interés colectivo, y las consecuencias son perfectamente colectivas.

Las luchas de los huelguistas no han sido estériles: algunas ventajas están ganando las agrupaciones obreras, cuyas ventajas no sólo aprovecha la familia del obrero, sino también las clases proletarias en general. La primera ganancia obtenida, el aumento del salario, por ejemplo, beneficia a unos y otros en la proporción en que el salario aumentó sobre la ganancia primitiva. Se permite a la familia obrera alquilar una casa

que tenga mejores condiciones higiénicas, resguardándose—como es natural—contra los rigores de la estación: se permite comprar mejores ropas, de telas más durables y, quizá, que presenten apariencias de elegancia; se permite comprar calzado mejor formado, cuasi elegante, y más durable; se permite la madre comprar una cuna para el recién nacido que, de otro modo, rodaría por los suelos, expuesto a mil inconvenientes y peligros; se permite aumentar el gasto diario, para aumentar la ración de carne, de pan, de leche, en el consumo. Así, los zapateros tienen mejores entradas metálicas, mejorando a su vez; la lechería del campo vende más leche, aumenta los repastos, aumenta el número de los ganados, aumenta el número de operarios. Las carnicerías no dejarán para otro día una parte de las últimas reses sacrificadas, con peligro de no conservar bien este sobrante. Y, en fin, la riqueza y el desahogo en las clases humildes, puede venir de esta manera, aumentando siempre en la misma proporción en que los obreros huelguistas tengan nuevos triunfos a costas—es cierto—del pa-

trono, del empresario, que no se embolsan ya los pingües ganancias que les quedaban, después de haber pagado los gastos de producción, el alquiler de la maquinaria, etc., monopolizando así el capital y las riquezas y, siendo esto en contra de los intereses de la comunidad, pues generalmente tan grandes sumas acumuladas en un solo hombre o familia, permanecen en su mayor parte improductivas, en circulación, en las arcas del dueño o en las arcas de los bancos, aunque, en estos, los capitales tienen una semi-productividad, con la pequeña explotación a que los somete el banquero, dando sobre propiedades, con interés, o sobre firmas etc.

No habrá advertido que la riqueza social, en el mejoramiento de las clases sociales, es una cadena que está aumentando de eslabones, cada vez que se dá un paso acertado, en orden a mejorar la condición del obrero, del pueblo todo.

Va así pues, lo justo y lo humano que son las protestas del obrerismo, para hacer una vida obrera y social más cómoda, equitativa a sus iniciativas, a su competencia intelectual y física

Más adelante veremos cómo deben realizarse y conducirse estas huelgas para que, a su vez, sean simpáticas. Porque hay que advertir que, si hemos aplaudido y glorificado el aparecimiento del huelguismo en general, nos veremos precisados a condenar ciertas huelgas que se salen de este concurso.

Nos queda una otra pregunta que contestar ¿qué significan estos fenómenos económicos ante el Estado y la sociedad? A primer renglón se advierte fácilmente que, el surgimiento defensivo del trabajo, ante su amo el Capitalismo, marca una etapa revolucionaria bien notable, en el plano de la vida económico-social de los pueblos. Y, este surgimiento significa, para los Estados y para los gobiernos, que ante ellos se perfilan nuevos problemas que resolver y, que estos problemas son de carácter tal, que pueden hacer pensar en otras nuevas orientaciones que no las puestas en vigor hasta ahora. Si un gobernante realista o republicano, quiere seguir poniendo en uso su arbitrarismo, sus actos injustos, sus manejos absorbentes y sus gestos tiránicos, debe comprender que

esos movimientos libertarios del pueblo, lo están indicando que aquellos manejos están combatidos, por anticuados, por bárbaros, por inhumanos: que ya el pueblo no seguirá siendo carne de cañón: que ya no seguirá siendo bestia de carga, acosado de hambre y de fatigas: que ya no mirará el atropello infame, el castigo bárbaro, la arbitrariedad frecuente, con ojos de indiferentismo, con la mansedumbre del cordero. Sí. Esos movimientos rebeldes, aunque pacíficos los más, están indicando a los gobiernos nuevos rumbos directivos y administrativos, están indicando que los gobiernos no deben ser enemigos del pueblo; están indicando que se va llegando el tiempo, en que al hombre del pueblo, honrado y consciente, se le llame a los puestos públicos, a los bancos congresales, aun, admitiéndolo vestido con su humilde indumentaria, su ropa de trabajo. Entonces, estos movimientos sociales y económicos están llamados a imprimir nuevos rumbos, no sólo a los gobiernos y a los Estados, sino a las sociedades enteras. El principal, se lleva esos tufos de grandeza y soberbia, gastando una vida re

galada, sin dar nada a la producción y a las sociedades? Pues no. Ese Príncipe que deje su título vano, y vaya a confundirse con el honrado pueblo, el futuro soberano sin pergaminos; que si ese Príncipe tiene riquezas heredadas, bueno es que emprenda negocios o fomenta la agricultura, las industrias, para que dé empleo a sus dineros, y que dé—por consiguiente—trabajo a los obreros que aun no lo tienen; que dedique una buena parte de su fortuna a los centros de beneficencia, a los hospicios, para que se haga simpático al pueblo, y cumpla—de ese modo—con preceptos humanitarios y sociales. Porque, su actitud holgazana, su altanería vacua y soberbia insultante, están siendo vista, por los ojos de los elementos populares, por las clases menesterosas; y, esas actitudes inconvenientes les ofenden, les hacen recriminosos, les hacen malos. Sería la rebelión del hambre contra la abundancia. Esas actitudes deben cambiar, porque si no, puede el sujeto ser punto de mira a manifestaciones hostiles y desagradables, por parte de los pobres, de los menesterosos. Bien

han hecho, a este respecto, esos hijos de reyes que, comprendiendo el nuevo giro que están tomando las cosas sociales, están haciendo todo lo posible por llegar hasta el pueblo y confundirse con él. El mismo Rey Alfonso XIII, de España, no lleva más que el título; es un Rey perfectamente democrático, y un hombre que, si no fuera Rey, sería un hombre burgués. De paso, hay que advertir que la burguesía ha estado un poco distanciada del proletariado, su natural enemigo; pero, si no quiere quedarse rezagada en su medio, debe hacer un cambio de frente, y unificarse honradamente con el proletariado que avanza.

Puede decirse que la actitud huelguista de un considerable número de hombres obreros, simpática, a cierto número de jornaleros y peones, ya pertenezcan los operarios a una misma fábrica, mina, etc., o ya pertenezcan a diferentes empresas, lleva en sí principios anárquicos. Y la prueba es que, con el triunfo de la Revolución anarquista de Rusia, y la continua y activa propaganda de los bolcheviques rusos, el espíritu huelguista no sólo no ha resucitado, sino que se está ex-

tendiendo y generalizando a todos los pueblos del mundo. Por consiguiente, una serena y adecuada reglamentación, debe mantener las cosas en sus medios justos, prudentes y plausibles. De este modo, las sociedades no tendrán que ser testigas ni víctimas de desenfrenos comunistas, que pudieran llegar con sus cortejos sangrientos y destructores. No debe olvidarse ni debe perderse de vista, que las rebeliones pacíficas del obrerismo, contagiando el espíritu de las masas populares, se aguzan cada vez más en sus exigencias, en sus pretensiones; porque, conseguido lo primero que reclamaron, y, alentados y seducidos por este triunfo, los agitadores, que son generalmente hombres ambiciosos e intransigentes, siguen soplando el fuego, y no dejan de soplarlo hasta que no haya prendido bien. Así pues, todas esas manifestaciones que, muchas veces, son agresivas, peligrosas y deplorables, pueden muy bien ser síntomas precursores de cambios muy notables en la constitución de las sociedades. A medida que las agrupaciones gremiales descubran cada vez más objetivos para su bienestar, tanto

los jefes de Estado, como los patronos y empresarios, se verán apurados a conceder nuevos beneficios, nuevas garantías, nuevas seguridades a las demandas obreras. Si unos y otros quieren evitar la revolución mediana a tales actitudes, deberá animar a todos los grupos interesados, un espíritu de conciliación, un deseo justo de acceder, los patronos, a las pretensiones de los obreros y, por parte de estos, un ánimo bien propenso de moderar esas pretensiones; de modo que el asunto se mantenga en una vía de amigable solución, al alcance de lo razonable, de lo conveniente, teniéndose muy en cuenta, los respectivos intereses de unos y de otros.

Parece ley fatal que los movimientos burocráticos de los obreros, a veces combinados con los jornaleros, y demás grupos proletarios, tendrán que llegar a puntos en que el pueblo entrará de lleno a intervenir en la sociedad, en el gobierno, cambiándoles de orientaciones, suprimiendo en la sociedad, esas hondas y profundas divisiones de clases, en la medida que las doctrinas socialistas vayan siendo del dominio de la conciencia obrera y

del pueblo todo; por el lado del gobierno, sería suprimido el derroche del lujo y del fausto, en los actos diplomáticos y oficiales, para encausarlo en una vía de economía y provecho comunes. Buenos economistas están acordes en condenar esos gastos de renta nacional, en asuntos puramente decorativos y baladíes. Por el lado de la política, se tendrá que crear un ambiente propio al espíritu mismo de las clases populares, extirpando poco a poco esos mil prejuicios y arbitrariedades que forzosamente han mantenido nuestras democracias teóricas; y decimos forzosamente, porque a continuación de haber imperado el caos político, es de rigor se mantenga un buen período de nebulosidad y desaciertos. Siguiendo nuestra exposición, tenemos entendido que el pueblo, como fruto de sus conquistas pacíficas—rigurosamente deben ser pacíficas—tendrá derecho a entrar en la vida de una democracia práctica, efectiva, para ejercer sus derechos civiles sin trabas ni perplejidades, derechos civiles que, en algunos pueblos suramericanos y en todos nuestros pueblos centroamericanos, han sido hasta ahora

puramente teóricos. No culpamos a nadie ni a los que mandan ni a los que obedecen; culpamos a las circunstancias del medio ambiente.

Y, de aquella manera, mientras subsista por conveniencia—el estado republicano, tal como está constituido en teoría, tendrá que ser profundamente depurado, al ponerse en práctica. Cuando esto se produzca y, como una consecuencia, las conquistas del pueblo ejerzan su influencia y ya no será—por ejemplo—suplantado el votante genuino, el pueblo elector, aleccionado y consciente, por las camarillas burocráticas y las oligarquías capitalistas, en sus deformados casos de parcialismos. Será posible de este modo—que los señores electos que lleguen a las legislaturas, a las alcaldías municipales, serán nombrados por el pueblo, serán de veras representantes suyos, será posible, en fin, la democracia.

No hay que engañarse, pues, que a un estado de cosas se orientan esos movimientos huelguistas que, en el fondo, encarnan espíritu revolucionario, no so-

lamente en el ambiente económico, sino también en el ambiente social.

II

Vamos ahora a decir algo sobre el origen de las huelgas. Para esto, será preciso que nos remontemos a aquellos períodos históricos que se llamaron Edad Media, períodos que empezaron a manifestar tendencias diferentes a las de los tiempos salvajes y bárbaros, y que pusieron la columna en que el espíritu racional de los hombres empezó a señalar los nuevos derroteros de la humanidad.

En el año de 1358, ocurrió en el Bauvais (Francia), un alzamiento revolucionario de carácter popular. "La Jacquerie" llamaron los franceses a este alzamiento popular; porque él fué constituido por lo que en aquel entonces se llamaban los *villanos*, en contraposición a la nobleza reinante y la burguesía. Los *villanos* de aquel entonces son ahora lo que llamamos todavía el «bajo pueblo», es decir, no solamente los poblados, sino también todo el grupo del proletariado en general. Y es que todavía entre nosotros, quedan esos resa-

blon de aquellos tiempos idos, de las supremacías de las clases nobles en las sociedades. Aunque es verdad que «La Jacquerie», fué uno de tantos episodios de las conmociones revolucionarias francesas de aquel tiempo, no cabe duda que, por sus causas, fué también—y quizá en primer lugar—un alzamiento socialista. En efecto, los *villanos* [les jacques] se sublevaron a causa de la presión, atropellos y maltratos de la nobleza, que los tenía atados a la explotación de sus grandes industrias, y por haberlos querido quitar sus rescates que habían obtenido en Poitiers. Este movimiento belicoso que se excedió en sus facultades, tuvo siempre un jefe o agitador y caudillo: Esteban Marcel, quien a la sazón era diputado por la clase media, y a quien apoyaban los *villanos*, en las reformas político—sociales, que por aquel entonces se debatía en el Congreso francés. Para comprender mejor el carácter de huelga industrial que tuvo aquel mismo movimiento político, hay que recordar que el feudalismo «hacía de la mayor parte de los grandes terratenientes verdaderos soberanos» que,

para desgracia del proletario y del pueblo [por aquel entonces, villanos] se estableció a consecuencia misma de los feudos.

La influencia de tales ejecutorias del proletariado francés, traspasó las fronteras, para llegar hasta el corazón de los proletariados inglés y alemán.

Sin embargo, en Inglaterra estas influencias de renovación social, despertaron tardíamente. Todavía en el año de 1360, reinando Eduardo III, se decretaba en Inglaterra cosas tan bárbaras como éstas: "si un obrero se negaba a trabajar por un salario tasado por las autoridades de la localidad, se le condenaba a prisión y se le marcaba con un hierro candente en la frente." Más aún: "estaban prohibidas en absoluto las reuniones y asociaciones obreras y, cuando a juicio del patrono, o por mejor decir, del dueño, algún obrero se mostraba remiso al trabajo, se le marcaba con fuego en la mejilla y reducía con toda su familia a la esclavitud durante dos años, con la agravante de marcarlos de nuevo en la mejilla y reducirlos a esclavitud por toda la vida, si se fugaban,

forzándolos a trabajar encadenados, sin más alimentos que pan y agua. A los hijos se los obligaba a seguir el oficio de sus padres, y en resumen, no cabe imaginar peor condición de los obreros ingleses durante los siglos medioevales.”

Pero, entre tanto, en Francia seguían suscitándose las contiendas políticas, ya interiores, ya exteriores, que involucraban triunfos sociales del proletariado. Tuvo este elemento, en sus cruzadas, un magnífico colaborador que no conocía: la burguesía quilon, para sobreponerse en la condición de inferioridad en que la tenía la nobleza reinante, defendía indirectamente, por consecuencia, la obra de mejoramiento social y económico del proletariado francés. Por supuesto, la burguesía en esta acción—no tenía mala intención de preocuparse de su vecino, el proletariado. Pero ello se debía, por la proximidad de una y otra, en la escala social.

Así llegamos a la Revolución Francesa. El año 1789, marcó para la Francia, y para el mundo entero, una amplia base de orientaciones sociales, no solamente económicas, sino también políticas:

En efecto: tres lemas constituyeron el alma de aquel formidable movimiento revolucionario del pueblo, éstos: primero, LIBERTAD; y tal es la causa política de la Revolución; segundo, IGUALDAD; y tal es la causa social de la Revolución; y tercero, LIBERACION DEL SUELO Y DEL TRABAJO; y tal es la causa económica de la Revolución.

Así las cosas, de barricada en barricada, de asalto en asalto, derramamientos de sangre y sacrificios y triunfos, de ruina y destrucción de los viejos cimientos para edificar nuevos, llegó el 4 DE AGOSTO DE 1789. Es ésta la fecha más gloriosa para el proletariado y pueblo francés. En la memorable sesión de la Asamblea Legislativa, se decretó la "abolición de los derechos feudales", a consecuencia del alzamiento de los obreros y campesinos, en son de guerra, contra las abadías y castillos feudales.

"En algunas horas quedó destruido el antiguo régimen", dice un autor, sobreponiéndose, en consecuencia, el poder del pueblo al poder del señor feudal. El 4 de agosto del año 1789, pues, es la fecha más bella y más trascendental de

la Revolución Francesa, y el triunfo más significativo del pueblo francés y, por ende, de todos los pueblos europeos y americanos.

De esta época parte una nueva fase entre el capital y el trabajo. La Justicia se pone frente a frente de la Ingratitud. El de abajo se pondrá a la par del de arriba, mientras se le pone en lugar superior, si es posible.

Por ahora existe en Inglaterra un gran partido obrero; el partido laborista que, desde su creación y organización, está consiguiendo muchos adelantos de progreso y mejoramiento y preponderancia. Desde hace tiempos, ha iniciado trabajos en el sentido de lograr la desamortización de la tierra, que por muchos años ha estado acaparada por la aristocracia, con grave perjuicio para las clases trabajadoras del pueblo inglés. Algunos escritores creen que es pronto todavía el triunfo del partido laborista en este sentido; pero no hay duda que, una vez conseguido tal objetivo, se habrá dado un enorme paso de avance en favor de la clase colectiva, y del bienestar de las clases pobres, que

podrían encontrar en ello un medio de librarse de las hambres y miserias.

En los Estados de nutrida población y estrecho territorio, no deben ser las tierras patrimonio de dos o tres terratenientes. Esto debe desaparecer para que las clases populares trabajadoras, obtengan sus terrenos adecuados, para sus cultivos que estén en razón directa del consumo doméstico, y del consumo social.

CAPITULO SEGUNDO

Clases de huelgas.-- Huelgas científicas

Huelgas pueriles

I

En este de las huelgas, tenemos que hacer algunas divisiones, como en todo aquello en que intervienen el pensamiento humano y los entusiasmos de los espíritus propensos. Hemos querido hacer desde luego la división de *científicas y pueriles*, que nos ha parecido digna de estudio y de comentarlos. Pero en realidad, hay huelgas propias del objetivo que se persiga, así: si en la fábrica de automóviles Ford —por ejemplo— hay un punto que necesita una solución a favor del grupo de obreros que trabaja en esa fábrica, y, sin tocar otros medios de solución a tal punto, se recurre a la violencia de la huelga, abandonando la fábrica, apelando al Director de los trabajos fabriles, o al Gerente o representante legal, la pronta solución del asunto, objeto de la manifestación violenta; y, si la actitud revoltosa de los obreros encuentra resistencia de parte del Di-

rector o Gerente o Representante legal, recurren entonces a actos contra los intereses todos de la Compañía o del fabricante: asaltan el edificio de la fábrica, rompen cristales, puertas y ventanas, y si pueden, penetran al interior, y hacen un inutilizamiento de los instrumentos y utensilios. Y, si la violencia del ánimo de los huelguistas alcanza grado alto de furor, entonces pueden hasta incendiar el edificio o edificios, y todo lo que encuentren perteneciente al fabricante o a la Compañía. Por fin interviene la fuerza armada, y, a sable limpio y a bala, acomete a la masa de obreros huelguistas y revoltosos, para evitar mayores daños en contra de la propiedad privada, y para evitar también el contagio popular que podría trocar la cosa en principios revolucionarios o de sublevación popular, tocando— entonces— directamente con los intereses del Estado y de la sociedad y del pueblo mismo, del otro pueblo que no toma parte en las hostilidades. Esta sería huelga industrial. Generalmente la solución de casos semejantes depende de la intervención de un sindicato, o de las autoridades llamadas al efecto,

o por otros medios pacifistas que más adelantamente mencionaremos. Comúnmente el objetivo que persigue la acción huelguista, da nombre a la huelga. Así hay huelgas de panaderos, de zapateros, de carboneros, de conductores, etc., etc. También al género da nombre a las huelgas de sus miembros. Así tenemos huelgas de estudiantes, de dependientes de comercio, etc. Ya veremos cuales de estas clases de huelgas, son las convenientes por su fundamento y justicia, y cuales son inconvenientes, por lo contrario; es decir, por fútiles.

Pero es lo cierto que ninguna manifestación agresiva de esta naturaleza debe descalificarse por quienes deben por sus medios adecuados para evitarlas, y para corregirlas. Lo que al principio tuvo poca importancia, puede ser que alguna vez sea proporcional. Y es que esto que tiene carácter popular, tiene un modo de contagio muy marcado: la multitud — según Le Bon — es arrastrada casi exclusivamente por lo inconsistente. Sus actos se ejecutan bajo la influencia de la médula espinal mejor que bajo la del cerebro. Y en otro lu-

gar sigue diciendo: «Una muchedumbre es juguete de todas las excitaciones exteriores, y refleja las incesantes variaciones de aquellas. Estos impulsos diversos, a los cuales obedecen las muchedumbres, pueden ser, según las excitaciones, generosas o crueles, heroicas o pusilánimes; pero serán siempre de tal modo imperiosas, que el interés personal, el mismo interés de conservación, no podrá dominarlas. Así es que la vemos pasar en un instante, de la ferocidad más sanguinaria, a la generosidad o al heroísmo más absoluto. La muchedumbre se convierte fácilmente en verdugo, pero no menos fácilmente se hace mártir». Para ello pues, basta que un grupo de hombres vaya por las calles, portando un estandarte, aunque no lleve armas ni palos, para que el contagio de las excitaciones exteriores, se propague fácilmente a los demás individuos propicios al caso.

Y, lo que al principio fue de poca importancia, decíamos, dejando correr la acción al cabo puede llegar a tomar serias proporciones. Waldo Trine, cita el siguiente caso:

«Hace algún tiempo estalló en Chicago una huelga de sastres que sólo comprendía en un principio a diez y siete obreros: Se agravó el conflicto, hubo coacciones, violencias asechanzas y al generalizarse la huelga quedaron sin trabajo por derivación 4.670 obreros de transportes: murieron en las refriegas 21 huelguistas y esquiroles; resultaron heridos 415 de ellos; y fue preciso concentrar 5.700 guardias de seguridad y policía. Las pérdidas materiales de los patronos ascendieron en 150 días que duró la huelga, a 8.800.00. de dólares, contando el salario y alojamiento de los esquiroles (o amarillos) y la disminución de las exportaciones. Los obreros perdieron millón y medio de dólares, y la ciudad en conjunto salió perjudicada en unos siete millones de dólares».

Esta cita refuerza nuestra opinión a este respecto, y ayuda a sostener nuestra idea del contagio de las muchedumbres por excitaciones exteriores. De manera pues, que las personas o conjunto de personas, encargadas de evitar o de corregir o de solucionar tales conflictos de carácter popular, aunque al principio sólo sea manifestación reducida y puramente gremial, deben estar siempre alerta, al menor asomo de manifestaciones huelguistas, de cualquier naturaleza.

Hemos señalado ya las clases de huelgas que más frecuentemente se manifies-

tan en las clases sociales, de Europa y las Américas, pero ¿quién pudiera asegurarnos que en el futuro no se manifestarán otras clases, a medida que las ideas del socialismo se vayan haciendo más claras e imperiosas en el alma de los obreros, de las multitudes, generalizándose y multiplicándose así?

Vamos teniendo la prueba: hasta hace poco las huelgas se reducían meramente a la parte económica, es decir, a pedir aumento de salario, reducción de jornadas de trabajo, etc. Empiezan a haber ya huelgas de carácter meramente político. Le Bon nos dice a este respecto:

“Hoy sucede otra cosa aun en Inglaterra. En una huelga de varios cientos de miles de obreros, anunciada hace poco, los huelguistas ingleses no pedían ningún aumento de sueldo, sino que exigían del Gobierno, las medidas políticas siguientes:

1o.—Abandono de la Ley sobre el servicio militar.

2o.—Suspensión del bloqueo de Alemania.

3o.—Retirada de las tropas inglesas de Rusia.

4o.—Abolición de las leyes que obligan al Ejército obedecer los órdenes de los ministerios, en caso de huelga general.”

Probablemente ello ha sido el resultado de los trabajos de los anarquistas rusos y alemanes. No hay que negar que estas cosas ponen en apuros a los gobiernos; pero en Inglaterra tienen un gran persuasivo: ese gran Lloyd George.

Cuando las doctrinas democráticas y socialistas sean del dominio del pueblo, quien, con su mejor acopio de cultura general, llegue a colocarse en el terreno que hasta ahora entrevé de modo inseguro, tímido y vacilante, entonces estas exteriorizaciones de independencia individual, colectiva y social, se harán más precisas, más eficaces, más amplias; que entonces ya las agrupaciones gremiales, las asociaciones obreras federadas, las muchedumbres, en fin, habrán salido de esas nieblas propias de la ignorancia de los más, y de esa semi-cultura de los menos, que a unos les permite ser arrollados por las sugerencias de los más inteligentes, y a los otros les permite entrar en la acción de manera perpleja, tímida y dudosa insegura, cuando están solos, pero de modo impulsivo, cuando están en muchedumbre.

Quando ya burgueses, y proletariado y demás pueblo, se acerquen, se comprendan, y tiendan entre ellos esos lazos fuertes de meros camaradas y de hermanos, que habrá hecho posible la justa comprensión de sus intereses comunes y colectivos, la fraternidad de un general estado de educación, el talismán de unas mismas aspiraciones, de unos mismos mirajes, estas manifestaciones de independencia social y económica, tendrán—a la par del carácter de generalización— un sentido más científico y, por lo tanto, más arreglado al orden y compostura, permitiéndoles obrar de modo más serio. La impulsividad, la violencia, la barbaridad, el atropello, irán dejando su puesto a la cordura, a la reflexión de principios, al orden y amaneramiento en la ejecución de los planes libertarios, ya dentro de la democracia o ya dentro del socialismo. Este carácter tendrán al principio, como símbolo de la conciencia del hombre formado. Pero al cabo, puede que las manifestaciones huelguistas, apurados los términos medios, los agentes de conciliación, debido a la intransigencia de los patronos, de

los mediadores oficiales o voluntarios, pase, de su estado de compostura y serenidad, a los actos agresivos, a demostraciones propias a ese estado de excitación popular. De aquí la necesidad que siempre habrá de que ambas partes interesadas, tengan buen tino en la solución del asunto, de que a unos y otros les acompañe un deseo vehemente de armonizar sus intereses, bajo una base de equidad. ¿Las exigencias de los obreros son razonables? Los empresarios por sí o por medio de sus representantes, deben inclinarse a obsequiar a los obreros. ¿Que no son justas ni razonables las peticiones obreras? Estos deben mirar los intereses del empresario, y no insistir tenázmente en ellas, ni ofuscarse ni violentarse, para llegar a un término conciliable. Como se comprende, se llegaría, de este modo, a los parlamentos extraoficiales. Cuando este estado llegue, estado de generalización de independencia económico—social, se verá cómo habrá huelgas hasta de artistas, de literatos, de periodistas, de científicos, al igual que de barrenderos, de desollinadores, de carteros, etc. Europa dará el

toque de clarín a estas nuevas reformas; quizá sea España la primera. América le seguirá en el movimiento. No será el triunfo de los anarquistas, no; será la resultante de la generalización defensiva de los intereses particulares, la consecuencia misma de la conquista del socialismo. Esperamos, pues, la huelga de "los intelectuales"

Pero ¿qué tendrán de importante estas huelgas de «intelectuales»? Como operan en un orden ajeno a los movimientos materiales, serán sus manifestaciones insensibles, de poca o ninguna importancia y, pasarán, por tanto, inapercibidas, y no tendrán más consecuencia que volverse a recoger a sus respectivos centros de actividad mental, se dirá. Al contrario: si se profundiza el asunto, se verá que la cosa no sería para menos, y que tendrían que poner en mucho cuidado al orden social, y a los encargados de mantener los equilibrios económicos, sociales, políticos.

Los obreros tendrían que simpatizar con las huelgas de los «intelectuales», por aquello del mismo concurso, aunque en un orden más elevado. Pero no solo

por esto, sino porque, los gremios obreros, no tuvieran ahora las facultades de protestar en defensa de su trabajo, sino, hubiera sido por Fulton, inventando los buques de vapor que ha dado trabajo a tantos hombres; por Serguín, encontrando el medio de multiplicar el calor de una máquina de vapor y descubriendo la caldera tubularia, que aminora el desgaste de la fuerza muscular del obrero, en tanto que multiplica las ocupaciones. Y, en otro orden: sin Pasteur, por ejemplo, que libra a media humanidad de morir, con sus inventos y consejos higiénicos. Y, en otro orden todavía: sin ese ejército de mecánicos, de químicos, físicos, que han dotado a la agricultura de maquinarias, de abonos; a las industrias, de grandes máquinas que facilitan el trabajo y dan más ocupación, si es posible, a mayor número de brazos. En resumen: sin los «intelectuales», la masa popular ni aun la burguesa se encontrarán hoy, con los conocimientos que los han puesto en estado de acercarlo al hombre formado, consciente de sus acciones, y defensor de sus intereses. Porque nadie podrá negar, que la instrucción general, nunca

pudo existir ni propagarse, sin los "intelectuales", sin los mentores. Nadie podrá negar, tampoco, que la civilización, el progreso, ni pudieran existir ni ensancharse, sin los «intelectuales» (escritores, periodistas, pintores, mentores, apóstoles, inventores.)

¿Qué sucedería, entonces, con la huelga de «intelectuales»? Sucedería que, en la medida de la duración de huelgas de esta clase, se detendría el movimiento cultural, progresista de la humanidad. Retrocederían las cosas a su estado primitivo, descomponiéndose los agentes de cultura y progreso general existentes. Ya se ve, pues, qué enormes resultados darían estas clases de huelgas. ¿Y contra quién o quiénes se harían estas huelgas? Cada una por su lado: los periodistas, contra su director o directores; los escritores contra sus editores; los pintores, contra su público; los inventores, contra sus compradores de quienes pedirían mejores demandas, al igual que los intereses obreros. Y, quizá vayan más allá. Bien es cierto que esta clase de huelgas, por su carácter mismo de alejamiento del movimiento abultado y sen-

sible de las sociedades, serán de dudable aparecimiento, si no es que se opere el ambiente propicio. Pero, caso de suceder, ellas tendrían lícito puesto en esta clase de torneos democrático-socialistas, tanto como las más justificables, que a fuerza de ensayos, errores, fracasos y caídas, han tenido que imponerse a las oligarquías del Capital, abriéndose brecha por entre la malla de hierro de las políticas gubernamentales.

II

Señaladas ya las clases de huelgas, ahora vamos a hecer consideraciones acerca del carácter a que se inclinan las manifestaciones huelguistas, y cómo será necesario que lleguen a tener definido ese carácter, en lo porvenir. Estas son las *huelgas científicas*.

En Europa y la América del Norte, las sociedades obreras tienen una organización reguladora de buenas orientaciones sociales, y frente a estas buenas organizaciones obreras, se han creado corporaciones legales o voluntarias, para llevar por buenos carriles, los obstáculos y fricciones que surgen entre el Capitalismo y el trabajo.

Una sindicatura obrera, bien cimentada, bien dispuesta, compuesta de hombres competentes, y, sobre todo, de hombres honrados, de hombres que no pertenezcan a delegaciones políticas, ni a delegaciones del capitalismo político, es decir, de ese capitalismo que se mete en las elecciones de diputados, de senadores, de candidatos presidenciales, cuando todo esto sucede, parece que es uno de tantos medios de encausar las orientaciones de las sociedades obreras, en sus aspiraciones de justa retribución de la mano de obra. Siendo estos miembros de los sindicatos obreros, independientes, honrados, pueden estar sinceramente aptos para desempeñar su cometido, dentro de la justa armonización de intereses creados y por crearse.

Francis Delaisi cree que los sindicatos ya capitalistas o proletarios son los medios más convenientes para solucionar conflictos de esta clase, es decir, de obreros contra capitalistas, mejor dicho, de las huelgas. Para ello dice: «Los mineros de nuestras grandes cuencas hulle-
ras son seguramente entre los proletarios los menos desgraciados, y no obs-

tante, en su beneficio es que se han hecho tantas leyes, reglamentos y decretos y estipulado las mayores ventajas. Débese esto a que han sido los primeros y los que más fuertemente se sindicaron.»

Waldo Trine dice por su parte: «El Sindicalismo no tiene nada de peligroso cuando significa el ejercicio por parte de los obreros del derecho de asociación para el mejoramiento de las condiciones del trabajo en términos de equidad y justicia; pero cuando no repara en medios para lograr su fin y se convierte en un instrumento de tiranía contra el patrono, sin tener en cuenta las circunstancias económicas y técnicas de la industria respectiva, entonces amenaza ser un arma explosiva y un disolvente del organismo social.» Este caso señalado por el sociólogo norteamericano, sería el de «el imperialismo obrero» que, como el imperialismo capitalista y el imperialismo político, sería siempre odioso y antipático. Ciertamente es que «el imperialismo obrero», caso que llegara a cimentarse, tendría la ventaja de no haber tenido un aprendizaje refinado de crueldad, para imponerse, como suce-

con los imperialismos de las gentes dotadas de un ingenio demasiado vivo, que integran o han integrado los gobiernos políticos y las jefaturas de las grandes empresas.

Pero de todos modos, ello sería funesto, y toca a los demagogos socialistas al servicio de las sociedades obreras, evitar tenazmente que se encarrilen por esos rumbos las actividades libertarias de los obreros. Por eso es que insistimos en las organizaciones científicas del obrerismo. Queremos que, en la consecución de sus aspiraciones, no se extralimiten, no toquen a los extremos; porque de esta manera, de simpática que pueda ser su labor de mejoramiento social y económico, no suceda que se vuelva antipática para el público. Correrían en este caso, el riesgo de sufrir un fracaso serio y final, quizás. Estarían en contra de ellos, juntamente con la fuerza armada del Gobierno, la opinión desfavorable del pueblo, de ese otro pueblo que es espectador, y algunas veces víctima de las violencias que provocan sus hermanos.

Las huelgas científicas que, por lo

arregladas, por lo compuestas, por lo fundamentales, ocasionarían menos consecuencias deplorables, serían las huelgas ideales, tanto para las corporaciones obreras, como para los mismos capitalistas, empresarios o fabricantes y para la sociedad.

Pero para llegar a este grado, sería necesario poner bases. Sería necesario que los obreros todos de un distrito industrial o minero o fabril, se organizaran, sistemáticamente, por grupos numerosos, con sus respectivas juntas directivas, para en seguida federarse, a fin de formar esos grandes núcleos capaces de pesar de una manera efectiva y práctica en la balanza de los intereses obreros y capitalistas. Tal como es la Federación del Trabajo y del Capital, en Francia.

Constituidas así las sociedades obreras de un país, entrarían a formar su programa federal de trabajo y su reglamento interior. De esta manera sería posible organizar con principios, la norma de la federación, en sus ideas de mejoramiento social, económico y político. Se reglamentaría, por ejemplo:

1o.—Instrucción integral de los asociados, fundando en el seno de cada sociedad federada y, si es posible, en el seno de la federación, escuelas propias a formar la conciencia de cada uno y de todos los asociados, así como de los hijos de estos miembros asociados. Los resultados provechosos y libertadores de este sistema, nõ sería — desde luego — mediató, teniendo que esperar un buen tiempo razonable. Pero con ello, además de aprovecharse de buenos conocimientos cada asociado, que le permitan comprender mejor su misión de ciudadano y de padre de familia, prepara el porvenir de sus hijos, a quienes habrá de tocar vivir en una sociedad propensa a grandes renovaciones, sin necesidad de estar sujetos a la protección del Estado, con lo cual se conseguirá, desde sus fundamentos, la libertad individual dentro de la sociedad civil y política.

2o.—La federación de sociedades obreras, reglamentando su misión, preceptuará que, en el caso de llegar a una huelga, para alcanzar los fines federados, se prohíben las demostraciones agresivas, de destrucción y pillaje, que son

siempre de funestos resultados; porque, por ejemplo, la huelga furibunda incendia la fábrica en donde trabajaban los huelguistas, que estaba avaluada, para el caso, en 3.000.000.00 de dólares, esa pérdida está en relación directa con la disminución del capital de la Nación, puesto que de uno u otro modo, esa fábrica dejaba rentas al Estado, y que, además, ponía la balanza de la competencia en el mercado, con lo cual se beneficiaba el pueblo consumidor. Por consiguiente, una huelga ideal sería la que se condujera gentilmente, recorriendo en multitud las calles, tremolando una insignia, sin gritos ni vivas ni mueras a nadie, sino que serena, pidiendo lo que persigue, en manifestaciones ordenadas ante las autoridades del Estado o ante quien corresponda. Esto tendría la ventaja de granjearse las simpatías del público, podría alcanzar su objetivo, y volver a su trabajo, sin haber arruinado nada, sin haber perjudicado en nada al empresario, quien, comprendiendo el beneficio, con la buena cooperación de las autoridades o de los sindicatos oficiales o voluntarios,

harían buenas concesiones a sus operarios, a quienes no debe seguir tratando como a forzados trabajadores, obligados por una paga miserable, sino como a sus compañeros de labores o como a sus colaboradores en el negocio.

3o.—La federación, por sí sola o, en combinación con los empresarios o compañías, trataría de la manera más expedita de construir casas higiénicas, cómodas, para sus asociados, y procurar todos aquellos medios practicables de mejorar la higiene del asociado y de su familia, sabiendo que de este modo, empieza la más segura regeneración de la sociedad.

4o.—La federación de sociedades de obreros reglamentará medidas que prohiban radicalmente el uso de bebidas embriagantes entre los federados; hacer labor también en el sentido de que las autoridades respectivas vigilen y eviten los usos inmorales en el pueblo, como los juegos de todas clases, la vagancia, la prostitución obscena y sin reglamento. De rigor, en el seno de la federación, todo acto inmoral que de una u otra manera pervierta la conciencia del obre-

ro, será prohibido. De preferencia, el alcoholismo, deberá ser radicalmente suprimido en la sociedad, y se castigará moralmente al obrero federado que se hubiere visto en las calles, beodo. Para el mejor éxito en esta labor, la federación hará repartir entre los socios, y en el público, cartillas que hagan ver patentemente los males que ocasiona el alcoholismo, en el individuo, en la familia, en la sociedad: los peligros graves en la sociedad y la descendencia genealógica, de la prostitución sexual.

Y 5º—Reglamentar—y esto es de suma importancia—que, para organizar una huelga o manifestación pública, éstas deben ser discutidas, acordadas y organizadas por los asociados, sin que intervenga en ello, ningún individuo extraño a la agrupación. Porque eso de los oradores populares, o de los agitadores de las clases obreras, o de los directores de multitudes, es casi siempre inconveniente; porque casi siempre estos individuos no obran honradamente, y cómo son ajenos a las agrupaciones obreras, les importa muy poco que éstas fracasen, o sean carne de cañón, al servicio

de las ambiciones de tales agitadores de profesión, de esos oradores populares sin conciencia, de esos directores exajerados y extremistas. Y, esto tiene su lógica incontrovertible: puesto que los obreros son los interesados en el asunto, puesto que ellos son los responsables de lo que hagan, natural es que sean ellos mismos quienes preparen sus acciones.

✓ Los males, las arbitrariedades, los desafueros, las imprudencias, los crímenes que cometen muchas veces las muchedumbres, son obligados por los agitadores populares, muchas veces por venganzas personales, por inquinas políticas, por maldad pura, sacando las castañas con mano ajena. Por esto es importante que las sociedades obreras organizadas, deben, para dar cabida a oradores extraños a la agrupación, entender que el tal orador sea persona de buenos antecedentes, que le gufe sinceramente un deseo grande de apoyar las aspiraciones de los obreros.

Estas pocas reglas que dejamos diseñadas, y que bien pudieran ser como un resumen, son—nos parece—las que deben observar y comprender bien las so-

ciudades obreras, en sus ideales legítimos de renovación, de redención popular, presente y futura. Así, los Estados prosperarán a medida que el núcleo trabajador, fundamento de su riqueza económica, progresa en sus actividades, con su libertad de acción y la recompensa justa a su mano de obra. Nos parece que lo metódico, aunque un poco más lento en resultados, es mil veces preferible a las revoluciones destructoras, para conseguir—cuando bien paradas salen—un fin efímero. Porque la violencia no deja casi nunca, al concluir, un estado de anormalidad en los ánimos, sino que, por el contrario, quedan los rencores, los odios, las conspiraciones; deja, además, los intereses violados, destruidos y, fácil, por tanto, de una reacción mediata o inmediata que dé al traste con lo conseguido por la revolución.

Repetimos: las revoluciones, por su carácter extremista, destructor y, deplorable, aunque persiga fines lícitos, por fuerza ha tenido que dejar honda perturbación en los asuntos del Estado. Una revolución debe ser siempre un último recurso, nunca un primer ni un recurso

medio. ¿Es que siempre debe caracterizar a los pueblos el instinto bárbaro que caracterizó a los pueblos primitivos y medioevales?

Sería esto la negación más rotunda de la civilización humana.

Si en sociedades aisladas, a los obreros ya se les toma en serio y se les atiende, en grandes núcleos federados, bien organizados científicamente, alcanzarían muchas consideraciones y simpatías. Waldo Trine que venimos citando, por tener muchos puntos de vista acordes con nuestro modo de pensar, cita en su libro «Renovación Social», esta opinión del industrial Sayward:

“La experiencia me ha convencido de que las asociaciones obreras debidamente organizadas y sinceramente reconocidas, *son todavía más ventajosas para los patronos que para los obreros, pues facilitan el contrato de trabajo entre ambas partes y van eliminando uno por uno los más peligrosos elementos de oposición y desavenencia. Los conflictos sociales no son de los que se resuelven por sí mismos, sino que ambas partes deben intervenir por igual y actuar conjuntamente en interés propio y el de la sociedad*”.

Ya este es un buen paso dado en el camino de la concordia, al principio hos-

til y difícil, entre obreros y empresarios, entre el trabajo y el capital. Se vé pues, cómo una organización formal y metódica, se abre paso más seguramente, que esas agrupaciones sin organismo, dadas al desórden, al despotismo, a la revolución.

Y, con las sociedades organizadas, aisladamente, una vez federadas, los resultados serían mucho más satisfactorios, para los obreros, para los patronos, para el Gobierno, y para la sociedad civil.

III

Hemos hablado de las huelgas serias, lícitas, justas, fundadas. Vamos a hablar ahora de las *fútiles*, porque aparecen sin fundamento, clamando por cosas insignificantes, en todas sus formas.

Vamos a ser severos con esta clase de huelgas, que son más bien jolgorios, con espíritu de revuelta y de desórden.

Esta clase de huelgas, como no llevan un fundamento razonable, no son de trascendencia en los fenómenos sociales ni económicos; no deben preocupar la atención de las autoridades superiores, puesto que casi siempre son compuestas por

jóvenes irreflexivos y entusiastas; no debe tampoco la sociedad preocuparse de tales huelgas; porque, al no conseguir lo que se proponen, generalmente para beneficio de los manifestantes en particular, sin que tenga nada que ver con los intereses de la sociedad, ellas dejarán de existir por sí solas. Esta clase de huelgas pueriles, puesto que su acción no pesa en la evolución social de renovación, son propias más bien de los gremios estudiantiles. Hace poco en la ciudad de San Salvador, hubo una huelga de esta clase; porque no se quiso seguir reconociendo valor en los pasajes gratis al Hospital Rosales que la empresa de los Tranvías les dá, hicieron los universitarios manifestaciones por las calles, agrediendo a los brequeros y conductores, y dándoles vuelta a los carros, sacándolos de los rieles. El público vió esto como una muchachada. Al cabo, la empresa díjoles que seguían con valor los tales pases gratis al Hospital. Y con esta simpleza, las cosas volvieron como estaban. Naturalmente, esa huelga o ese jolgorio pudo haberse evitado, con sólo la presencia de un grupo de estudiantes en el despacho del em-

presario de los Tranvías que hacen el recorrido por la línea del Hospital. Y si el empresario se negara a ello, pedirle entonces cumpliera con la ley del caso, porque eso de las consideraciones a los practicantes en medicina y cirugía, debe estar sometido a vigencia reglamentaria, como una concesión y apoyo a los estudios profesionales.

Poco tiempo después, la mayoría de los estudiantes del Instituto Nacional, sostenido éste por el Gobierno, con pretexto de que, para los exámenes de fin de año, no se les quiso perdonar buen número de fallas que habían sacado durante el año, invadieron la Dirección de dicho establecimiento, arrebataron el libro de fallas, lo extrajeron de la Dirección, y lo rompieron. En seguida abandonaron el Establecimiento, y en grupos numerosos, andaban por las calles haciendo alboroto.

Si es verdad que cada uno tiene derecho de hacer lo que quiera, esta libertad está limitada a lo razonable, justo y moral. Si por unas fallas, que, en tales instituciones marcan la falta de asistencia puntual, cada vez se arma tamaño alboroto, sería cosa de no acabar, y hu-

bieran huelgas a cada despertar. Si el Gobierno hubiera atendido y dado razón a estos muchachos soliviantados, hubiera con ello apoyado la vagancia, la pereza, la holgazanería, cosas completamente contrarias a una bien entendida razón educacional. Como medio correccional, fueron expulsados del establecimiento los promotores del movimiento rebelde, cayendo, de este modo, los perjuicios en los papás, que son siempre los q. salen perdiendo lo malo que hacen sus hijos. Cuando es uno hijo de dominio, muchacho sin capacidad de ganarse la vida, incapaz de llenar los deberes dentro de la sociedad, se tiene uno que sujetar a los reglamentos del caso, comprender los beneficios que tales instituciones dan al estudiante, y tener paciencia, para hacer uso de su libre albedrío, al llegar uno a la mayor edad, cuando se está capacitado para llenar todos los deberes en la familia, en la sociedad, en el Gobierno. Se dice entonces que es uno, «hombre». Esta palabra «hombre» le dá a uno derecho a hacer las cosas bajo su propia responsabilidad. Cuando se es muchacho, se está todavía bajo la tutela de los papás, de los regla-

mentos, precisamente para hacerse "hombre". Roto el tutelaje, quedan rotas también las obediencias a los reglamentos, a la disciplina interior de los centros educacionales. El «hombre» sí, ya está fuera del rigor de las disciplinas, salvo de aquellas que voluntariamente se quiera dar él mismo, acatando los derechos de su libre albedrío; pero es ridículo que un "hombre," un ciudadano esté sujeto a las disciplinas de estos establecimientos, cuando está al servicio de ellos. Si un "hombre" llega a estos establecimientos, es por haber precedido un contrato entre él y los interesados o directores de tal establecimiento; y, si un «hombre» tiene derecho a hacer contratos, es desde luego, responsable de sus actos. Si yerra, culpa es de él y él es el único responsable. Pero el "hombre" no debe estar sujeto a los reglamentos del establecimiento, sino es para cumplir con sus deberes de profesante, de educacionista, Todo «hombre» libre, tiene derecho a la protesta, como medio de defensa a sus intereses amenazados, Con esto no ha incurrido en ninguna falta, toda vez que la protesta sea justa, puesta en razón.

CAPITULO TERCERO

SIGNIFICACION SOCIAL DE LAS HUELGAS

En todo drama es costumbre que haya una o más víctimas. En las revoluciones sociales, la sociedad es casi siempre una víctima; y, lo peor del caso es, que se lleva una mala parte, sin haber dado motivos. ¿Qué puede ganar la sociedad con estos avances desordenados de los grupos obreros? En cambio ¿qué puede ganar con los avances ordenados sistemáticos?

Veamos.

Cojamos, para el caso, la sociedad por clases: se sabe que las sociedades civiles son yuxtaposiciones.

Tratamos aquí de las sociedades civiles, para diferenciarlas de las económicas y políticas.

En las naciones europeas, aun existe la clase aristocrática, y aun en algunas naciones americanas.

Las incluimos, pues.

La aristocracia de pergaminos, ante las manifestaciones redentoras de las clases humildes, no puede menos que alarmar-

se, temiendo por el debilitamiento de su jerarquía, de su preponderancia y de su influencia. Y, tiene razón. Cada triunfo obtenido por el obrerismo, es un motivo de caída de su supremacía aristocrática. Pero, viéndolo bien, la cosa es un fenómeno, si puede decirse, natural en el orden evolutivo de las sociedades. La aristocracia, ha tenido su reinado por mucho tiempo, enrolando a la burguesía y ahogando al proletariado. Cayendo que levantándose las cosas, ha habido tiempo en que la burguesía ha tenido sus buenos claros, apurando la energía de su vecino, el proletariado. Se ha visto esto, y aun se ve más palpablemente, en los países cuyo gobierno tiene el sistema bicamarista: Parlamento y Senado. Los parlamentarios, son electos directamente del pueblo, en teoría; pero los senadores, que debían de ser también electos del mismo modo, no sucede así, y son los burgueses quienes los eligen, a veces, eligiéndose ellos mismos. Cuentan para ello, con la influencia de sus capitales, de sus luces, pues ya hemos dicho, que los abogados, los médicos, etc., pertenecen, generalmente, a la clase media: a

la burguesía. Así es cómo la clase burguesa tiene su predominio, y cómo—a veces—se entienden con la aristocracia, para manejar sus intereses, por medio de los puestos públicos. Pero, en todo tiempo y en todas las circunstancias, el cristo de la fiesta ha sido siempre el proletariado, el pueblo, pues. ¿No es justo—entonces—que éstos tengan—a su vez—su lugar correspondiente? Para algo sirve eso de fundarse centros de enseñanza, para algo sirven los hombres que enseñan. A la larga, no sabemos hasta donde llegue esto de las masas populares, si se siguen manteniendo centros de educación que, por otra parte, no habrá más remedio que mantenerlos, y aun darles empuje mayor. ¿Quién es aquel o cuál es el Gobierno que atente contra la propagación de la enseñanza? A la altura que han llegado las cosas, no se atreverá nadie a destruir los establecimientos de enseñanza, ni tampoco podrán restringir esta enseñanza. Podrán modificar los centros de enseñanza sostenidos por el Gobierno, pero no podrán hacerlo en los centros de educación fundados por particulares, so pena de co-

meterse el crimen de lesa civilización. El Gobierno o pueblo que lo hiciere, no sabemos qué atroz suerte podría acontecerle.

Dejamos sentado que la aristocracia sale perdiendo en todo esto de los avances de las clases humildes hacia su redención social, política y económica, a menos que ellos mismos, los aristócratas, se vayan acomodando buenamente al nuevo orden de cosas que sucederá. ¿Y la parte burguesa cómo saldrá en este juego? Esta clase debe y tiene que replegarse al movimiento redentor de su vecino el proletariado. Por ahora podrá seguir dominando la situación de modo indirecto, llevando a las legislaturas, y a los parlamentos, representantes de su clase burguesa, para bien de sus capitales, industrias, o empresas. Pero no podrá seguir sosteniendo este juego, el día en que la masa popular despierte y, al par que lo hacen los obreros, hoy, en relación con los capitales, los electores harán a un lado los manejos de los burgueses, manejos de sobornos y suplantaciones, y llevarán ellos mismos a los congresos y legislaturas, a sus genuinos representantes, a los elegidos por ellos. Entonces—

a su vez—la burguesía, sin apoyo de arriba, se verá obligada a hacer un movimiento de repliegue y buscar el poder en la mayoría, el poder del pueblo, hacer precisamente lo contrario de lo que hace ahora. Y, si esa fuerza redentora de los obreros y del pueblo, encuentra tenaz resistencia en la parte burguesa, cuidado que no se abone con eso, la entrada del comunismo anárquico, y entonces las cosas serían mucho más negras aún.

Veamos ahora la sociedad en conjunto.

En apariencia, la sociedad no es más que expectadora, con excepción de dos o tres de sus miembros que son directamente atacados en sus propiedades. Pero en realidad, la cosa es diferente. La sociedad sufre las consecuencias de todo desorden, aunque éste sea para fundar el orden.

Ya hemos dicho que, cuanto más dure una huelga, tanto más la sociedad sufre las consecuencias. Según por el lado que ataque la huelga, por ese lado le dolerá a la sociedad. Supongamos—por ejemplo—que una huelga de zapateros en general, dura dos, tres semanas y más; durante ese tiempo no hay más calzado

que poner al mercado. Consecuencia económica: las reservas de calzado existentes antes de la huelga, suben de precio inmediatamente, y sigue subiendo a medida que los acaparadores vayan viendo indefinida la solución del asunto. La persona pobre que rompa en este intervalo su calzado, tendrá que usarlo en mal estado o prestar un par a su vecino que tenga dos pares; si no quiere verse en este trance y tiene dinero suficiente, se podrá comprar un par, pagando un precio exorbitante. Pero hay que confesar que la mayoría de gentes que componen una sociedad—quizá haya excepciones—es pobre y otra buena parte es miserable. Aun entre la burguesía la cosa puede poner en serios apuros, por esto de los precios altos. ¿Qué, al fin de cuentas, después de alguno o algunos muertos, otros heridos y otros golpeados, y unas cuantas vidrieras rotas, la huelga salió triunfante? El Gobierno deja libre de derechos la introducción de las suelas, de los becerros, de las cabritillas, que permite a los zapateros hacer buen calzado y venderlo a precios razonables; esto viene a subsanar lo que se perdió en el

intervalo de la huelga y las destrucciones habidas en escaparates y tiendas. Por manera que hubo un jalón para atrás, que hubo necesidad de arreglar después. La sociedad entonces, pierde, en la proporción del comportamiento de las huelgas. En seguida de subsanado lo perdido, cuando vuelve la calma, la sociedad entra de nuevo a la vida ordinaria. Pero la Nación ha quedado con un fuerte déficit en su haber, teniendo que empezar de nuevo.

Pero, por otro lado, por el lado bueno, con el triunfo de la huelga, la sociedad gana las consecuencias de este paso de avance. En el presente ejemplo, gana la buena clase de calzado, y la abundancia de él, con el consiguiente abaratamiento. Así es cómo los movimientos libertarios de los obreros y demás pueblo, benefician a la sociedad, en aquello que sigue al tiempo de cubrir el déficit, producido por la huelga. Pero para esto es menester que la acción huelguista, no lleve aferrado y como única arma de combate, la idea del saqueo, del bochínche, del asesinato, del incendio, a la manera de los salvajes.

CAPÍTULO CUARTO

EL CONCEPTO FILOSOFICO DE LAS HUELGAS.

¿CONVIENEN O NO LAS HUELGAS?

Algunos autores de libros socialistas, creen que el término "democracia" es contrapuesto al término "socialismo", y que no solamente no son afines, sino que el uno, el "socialismo", ha absorbido al otro, al término "democracia". Pero, lo cierto es, que si en los fines de cada uno, se diferencian, en principio no tienen más remedio que ser hermanos. En efecto: no ha podido haber idea socialista, sin haberse apoyado ésta en la idea democrática. Sería caso raro y curioso, por demás, que de las clases altas, de las clases aristocráticas, saliera la idea esa de acabar con los capitalismos, y con los privilegios, y bajar, por su propia voluntad, a confundirse con la masa popular, a igualarse con los obreros, y vivir con ellos una vida sencilla, modesta y de trabajo. Es difícil que lo que está arriba se venga abajo, sino es por golpes violentos o, por una acción constante, minadora de las bases de lo que encum-

bra, como es precisamente la acción del socialismo científico. Si lo de arriba se viene abajo, nunca ha sido por su simple gusto, sino por una fuerza extraña que lo arrastre. Y es que eso de buscar un lugar desde donde se dominen las multitudes, parece que tiene sus alicientes muy grandes, sus atractivos muy halagadores. Pero sería de desearse que sólo el genio se mantuviera encumbrado. Y es que un verdadero genio no hará sombra desde su olimpo a las multitudes: al contrario, estará allá para derramar más luz, para enseñar los caminos más claros a las muchedumbres.

Con el genio debe estar la Virtud.

La Virtud que es fuerza, acción y voluntad.

Los que quieren separar a estos hermanos que se quieren, pero que en su mayor edad, cada uno es apto para señalarse sus propias orientaciones, dan estos argumentos:

“La democracia consiste en hacer que marchen juntos con cierto número de banqueros, de pequeños burgueses y de obreros, agrupados junto con otros banqueros, otros pequeños burgueses y otros obreros. Al contrario: juntar todos los obreros contra todos los banqueros,

todos los pobres contra todos los ricos, todos los que no poseen contra todos los que poseen, es la lucha de clases, es la revolución y la abominación de la disolución, que es el socialismo”

Quizá lo que allí se dice, es aplicable a casos especiales, aislados y en algunos pueblos, pues se sabe que no todos los pueblos están cortados con el mismo nivel; allí donde un pueblo es más idóneo podrá arreglar mejor su vida, con mejor separación de grupos y de clases, para la acción; por el contrario, allí donde un pueblo no reúne condiciones de idoneidad y cultura, aquella confusión citada será cierta. Pero todo esto no quiere decir, que ello sea forzosamente la democracia genuina, y ello sería propio del sentido confuso que reina todavía en las sociedades, debido a que la doctrina democrática no ha llegado a sentar sus reales verdaderos, sino que más bien parece que está en gestación, o que no se la ha comprendido. Quizá sea cierto que en elecciones de diputados, parlamentarios u otras autoridades del Estado, los grupos de los obreros se juntan con grupos burgueses y aun capitalistas, en contra de otros grupos obreros,

capitalistas y burgueses; pero eso no dura más que lo que dura la farsa electoral que, precisamente por ser farsa, el ciudadano elector es llevado y traído y metido, a donde lo quieren llevar y meter los oradores populares, los políticos de profesión, los capitalistas. Pero ese no es el lugar que, en una verdadera democracia, le correspondería. Sería su propio lugar, el que ellos mismos, sin intervención de logreros, de políticos de profesión, de presumpcionistas, se eligieran su Alcalde, sus representantes a las legislaturas, y, entonces se verían las cosas muy diferentes a como se ven. Ahora por lo que toca al socialismo que ha querido ser definido en el párrafo que queda inserto entre comillas, tal como eso aparece dicho, no sería tal socialismo, al menos el socialismo científico que nosotros queremos, un socialismo democrático, sistemático y justo y razonable; tal como allá está dicho, se define el comunismo, o lo que es lo mismo, el anarquismo.

Si hay obreros contra obreros, en un momento dado, eso no quiere decir que sea por efecto de la doctrina democrática, sino por efecto del estado caótico de las

sociedades, de la confusión que resulta de tantos intereses creados que cada uno defiende a su modo. Pero el día en que las masas populares entren a comprender claro su misión en la sociedad, en el Gobierno, en la familia, entonces veremos esas cosas salir por la ventana, para abrir la puerta a la verdadera democracia, a esa que desde abajo se gobierna por arriba, haciendo a un lado los privilegios de ~~castas~~, de capitales, y, avalorando las capacidades y la honradez.

Si la doctrina democrática, se encuentra en esta especie de caos ahora, no es por culpa de la doctrina, sino por culpa de los directores de multitudes, de los zánganos, de los pulpos humanos. ¿A concluir con este estado de cosas se encamina el socialismo? Tal vez. Y entonces, los términos «democracia» y «socialismo.» lejos de ser diferentes, seguirán siendo hermanos, para ayudarse y completarse. ¿Cuál es el rompe-muros de este avance? Las huelgas. ¿Quiénes son los huelguistas? El obrerismo, el pueblo; no es la aristocracia, ni siquiera la burguesía.

Sigue, pues, en firme este principio: no puede haber socialismo sin democracia, entendiéndose por democracia, no la junta de unos grupos de obreros, con banqueros y burgueses, contra otros grupos de obreros y de banqueros y de burgueses, sino el derecho legítimo del ciudadano en las decisiones del gobierno, de la sociedad, de la familia; y entendiéndose por socialismo, no la lucha de clases en revolución violencia, sino la lucha del trabajo por libertarse del capitalismo, para lo cual se ha armado, naturalmente, de esta arma: las huelgas.

Las huelgas, son pues, el resultado y el apoyo, de ese movimiento libertario, (socialismo), que agita hoy a todos los pueblos del mundo. El caso de los escritores y estadistas y gobiernos, es procurar que las huelgas no se armen, que no lleven picas ni bombas ni fusiles, y orientarlas siempre en el sentido humano y conciliatorio; si el comunismo no estuviera armado, sería el socialismo científico.

II

Ahora vamos a ver cuales son las huel-

gas que convienen a los pueblos y las que les son inconvenientes.

Una huelga no es una revolución. Pero una huelga puede ser el principio de revolución. Toca a los interesados evitar sus extremos.

Del mismo modo, una manifestación pública, puede convertirse en una huelga, según las circunstancias. Las manifestaciones públicas, son una fase de las huelgas; llevan parecidos objetivos. Y, tanto es así, que una huelga ordenada, o una serie de huelgas, no son más que manifestaciones públicas de ciertos grupos sociales o gremiales. Sólo que las manifestaciones públicas, casi siempre llevan objetivos políticos, de simpatía o de protesta. Mientras que las huelgas son manifestaciones que llevan por objeto la parte económica. Generalmente las huelgas tienen carácter agresivo, hostil. Pueden dar origen a una revolución social, y también pueden degenerar en revoluciones armadas. Una simple manifestación política, también puede llevar objetivos revolucionarios con armas. Esta clase de huelgas, son las inconvenientes para los conglomerados so-

ciales, y para el Gobierno de los Estados. Estas son las huelgas que deben ser coartadas por las autoridades, para resguardar a la Hacienda de la Nación, a la vida de la sociedad, aunque no a los intereses del capitalismo. Pero, cuando un agrupamiento de obreros, ya por influencias de otros movimientos socialistas de otras naciones, o, ya por inspiraciones locales y propias, el caso preferible, acuerdan protestar pacíficamente por el recargo de muchas horas de trabajo, o ya para que se les aumente el salario, abandonan el taller o la fábrica o la mina en que trahajan, y se echan a las calles, en grandes grupos organizados, aleccionados, en actitud resuelta pero moderada, a gestionar con los directores o empresarios o con las autoridades, según los casos, no sólo debe tolerársele, sino también debē oírsele, apoyársele, cambiando de impresiones, parlamentando unos y otros, hasta solucionar el asunto de manera favorable para los obreros, y de modo que no salga demasiado violentado el jefe o el patrono. Estas son las huelgas que convienen. No será culpa de los huel-

guistas si, de esta actitud pacífica, conciliatoria, ordenada, se les empuja a cometer actos hostiles. Los obreros se dan cuenta de su misión, y no retrocederán ante los obstáculos. Dese cuenta las autoridades de las evoluciones de los tiempos, vayan poniéndose de acuerdo con estas manifestaciones renovativas; porque si hacen lo contrario, si se empeñan en detener esa corriente que está subiendo de abajo para arriba, de ese surgimiento del poder popular, contrariarán las leyes evolutivas, y serán arrojados por las corrientes nuevas que invaden a los pueblos. Día llegará en que los obreros, y el pueblo todo, pase a ser de víctima a amigo; porque a ello— como lo hemos dicho antes—lo empuja la generalización de la cultura que, principiando con la enseñanza primaria, concluye con la formación del «hombre». † Ahora, pues, que todo empieza y, mientras se llega el día del triunfo completo de las multitudes, guiadas por los gremios obreros, los gobiernos y las autoridades deben ser condescendientes, aunque vigilantes, con estos movimientos populares. Lo de corregir, lo de

coartar, si el caso llega, los abusos extremistas que cometan o pudieran cometer los huelguistas, no debe ser con el objeto de arrancar de raíz las manifestaciones populares, no debe ser para impedir el proceso renovativo, porque este caso sería tan imprudente como atentatorio, sino más bien para encausar esas mismas manifestaciones, para darles un apoyo así, dando tiempo a que las exteriorizaciones se arreglen, se aleccionen, se orienten, para que cumplan su misión social. Tal como hace un padre con su niño, a quien cuida y protege para que llegue a hombre y adquiera su *libre albedrío*, se independice. Ya en otro lugar hemos dicho las consecuencias desastrosas en la sociedad, en la Hacienda, en el capital mismo, de los excesos hostiles de los huelguistas que, de buenos hombres honrados, amantes de su patria, de su familia, se convierten en furibundos incendiarios, asesinos, viniendo a ser de esta manera, enemigos de su misma patria, de la sociedad, de la familia, porque todos ellos sufren estas terribles consecuencias.

Para evitar este estado de cosas,

serviría de consecuencia las reglas que damos en la parte Segunda, del Capítulo Segundo, al tratar de las huelgas científicas.

Y, conste que hablamos así, porque escribimos en Centro América. Si escribiéramos en Europa, nuestro lenguaje sería otro, y nos lanzaríamos de lleno y sin términos medios, a considerar el socialismo puro.

CAPITULO QUINTO

LA RENOVACIÓN SOCIAL EN CENTRO AMÉRICA.

EL PELIGRO DE LAS HUELGAS

EL CAUDILLISMO

I

Sólo de poco tiempo a esta parte, ha empezado a haber movimientos huelguistas en Centro América. Como estar algo lejos de Europa, esto estaba virgen aún de estos síntomas nuevos de renovación. Verdades que están nuestros pueblos cerca de los Estados Unidos del Norte de América, que, en esto de torneos democráticos, va siempre a la cabeza de sus vecinos del Centro y Sur. Pero quizá haya cierta adversión o cierta desconfianza de tomar lecciones del vecino norteamericano, en nuestros países. Pero es el caso que se van haciendo a un lado estas desconfianzas, y, como quiera, se está volcando la civilización estadounidense en Centro América y, en cierto modo también en la América del Sur, nuestros otros buenos vecinos.

Una parte muy somera de los grandes movimientos obreros de Europa y de la América del Norte, nos llega en las noticias cablegráficas publicadas en los periódicos, y uno que otro libro socialista que llega a nuestras manos. Esto ha influenciado en algo a nuestras agrupaciones obreras, aunque ello sea de manera imperfecta, pero lo suficiente para que los síntomas se empiecen a manifestar. Esta absorción escasa e imperfecta de las ideas socialistas, en un ambiente social todavía en formación entre nosotros, constituye, por sí sólo, uno de los peligros para nuestros pueblos.

Todavía no comprendemos bien las prácticas de la democracia; y estamos todavía en ensayos. Ciertamente es que, las leyes reguladoras de la vida republicana nuestra, ya consignan en teoría el convivir democrático. Pero, debido—sin duda—al exceso de porcentaje de analfabetismo en nuestras poblaciones, aquellas hermosas prácticas de democracia consoladora, aun no han salido del estado de tanteos, de ensayos. De aquí, ese estado de confusión que, en nuestros

029761

pueblos, más que en cualquiera otros, se advierte de modo desastroso. No se han podido poner de acuerdo para este convivir modernista los conglomerados sociales con los poderes públicos. Debido a los errores de las masas en la aplicación de los principios republicanos y democráticos, los poderes públicos se ven a cada ocasión en dificultades para dar cumplimiento con lo estatuido por nuestras leyes. El recelo entre unos y otros, retarda la implantación real y completa de los actos democráticos. En los periodos eleccionarios, en los que la ciudadanía debe entrar de lleno a ejercer sus derechos civiles, casi siempre suceden el desórden y la anarquía, resultando de esto, que el elector no ha jugado sino un papel diferente a su papel que le correspondería como a un ciudadano. Tiene que enfrentar la masa electora obstáculos muchos de que ella misma no se dá cuenta cabal. Por un lado encuentra el fantasma de la influencia de los capitalistas, de los banqueros, quienes, por medio de sus delegados los oradores populares, los miembros de directorios electorales, del

187000

soborno y del cohecho, impiden la efectividad del derecho del ciudadano democrático. Por otro lado, la influencia de los poderes públicos, en su interés de apoyar a determinado candidato, aun hasta de si se trata de elegir simples alcaldes municipales, de quienes, de algún modo, espera un apoyo el mecanismo oficial, para determinados casos. Y, consecuentes con esto, ponen en los días de elecciones, en movimiento, como para resguardar el orden, los cuerpos policiales y aun los militares. La masa electoral, ante este aparato, se intimida a veces y, algunos de los electores, muchas veces en gran número, desisten de votar, contribuyendo con esto, al triunfo de las minorías. Lecciones anteriores les han enseñado que, en el caso de insistir—cómo generalmente ocurre con una parte de ellos, más conscientes de sus derechos—resultan choques sangrientos entre los unos y los otros, es decir, entre dos o más partidos. Estos partidos generalmente son dos: el partido oficial y el partido del pueblo. Resulta: que a las legislaturas llegan hombres que no han sido electos por el pueblo y, por

consiguiente, que no son representantes de ese pueblo, huyendo—de este modo— toda práctica de democracia, todo acto de popularidad.

En este concepto, lo que hemos dicho para otros pueblos—que en esto se parecen muchos pueblos—decimos para los nuestros, y es esto: que, mientras las masas populares no sean instruidas, mientras no salgan de ese estado de ignorancia y de tontería que les hace ser tímidos en los derechos que les corresponde ejercer, conforme a las prácticas republicano-democráticas; mientras no se den cabal cuenta que ellas son las únicas que en las democracias deben elegir a sus gobernantes, a sus representantes, difícil les será salir de este estado caótico y anómalo que las caracteriza. Leer y más leer, estudiar y más estudiar; escuelas y más escuelas, escuelas por todos lados, en todos los centros, en todos los rincones. Esta es la única esperanza del proletariado, de las masas populares, para que se cumpla aquello del triunfo de las “mayorías”, en contra de las “minorías”; es decir, el triunfo del derecho del pueblo, en contra de las influen-

cias oligarcas y burócratas; más claro, el triunfo del ciudadano elector, en contra del de los capitalistas, del de los banqueros, del de los presupuestívoros y del de las intervenciones de los poderes públicos. Leer y más leer Cívica; leer y más leer Moral. Esta debe ser una de las divisas de nuestras agrupaciones obreras; ellas son las encargadas de estos avances para llegar a la vida republicano-democrática. Si no lo aprovechan ellas, lo aprovecharán sus hijos. Así prepararán las renovaciones sociales futuras.

Pues bien: cuando aun estamos enfrascados en estos tanteos, muchas veces deplorables, a consecuencias de odios, rivalidades y agresiones; cuando aun no comprendemos en toda su hermosa plenitud la vida democrática; cuando aun no es posible la representación genuinamente popular en los gobiernos y legislaturas, nos llegan esas influencias de socialismo, hasta esas chispas inflamadas de bolshevismo, terrible doctrina que en la desmembrada Rusia, está aniquilando al pueblo ruso y está matando a Rusia.

Y he aquí el gran peligro, uno de los

grandes peligros de que están amenazados nuestros pueblos.

¿Os dáis cuenta de las consecuencias que doctrinas tales, mejor dicho, doctrina tal, tendrá en las conciencias turbias, en las conciencias sugestionables de nuestras multitudes?

Consecuencias graves. De tal modo se rán estas influenciadas que, en las sombras de incertidumbre de sus cerebros, se mezclarán como espectros, las confusas ideas de «socialismo» y de «bolshevismo», danzando con las siluetas todavía imperfectas de la «democracia».

Las nuevas corrientes renovativas, pues, nos sorprenden en la ignorancia, es decir, con un porcentaje de analfabetos al por mayor.

¿Cuales serán los medios para enfrentar buenamente esas nuevas doctrinas que empiezan a invadir a nuestras masas populares?

Parecen convenientes éstas: cordura, buen tino de los poderes públicos, en encauzar esas corrientes de renovación social. Apoyar, extender, reglamentar la enseñanza popular, en el sentido de obtener ciudadanos, hombres conscien-

tes de sus actos. Moderación, prudencia de las sociedades obreras y demás pueblo. Dedicación tesonera al estudio, a la lectura: no dar pasos de ciego; caminar cuando puedan poner firme el pié, entiéndase bien: poner firme el pié. Esto es algo que se impone, esto es algo que les será provechoso. Después seguirán las cosas de manera consecuencial.

II

Ahora, el peligro de las huelgas en Centro-América.

Las huelgas, consecuencias de esas mal ingeridas influencias socialistas, es decir, las huelgas peligrosas, por no basarse en principios definidos, y por ser sugestionadas hacia perturbadoras ideas.

Teuemos nosotros, por causa de lo mismo, es decir, de nuestro atraso de cultura intelectual y educación cívica, un mal que todavía está bastante arraigado entre nosotros: el caudillismo. Pero no el caudillismo científico y doctrinario que es, hasta cierto punto, necesario en las evoluciones sociales y políticas; sino ese caudillismo politiquero, feroz, desatentado, inconsecuente, impulsivo, perturbador.

Ese caudillismo que anda de mata en mata, de monte en monte, de cerro en cerro, buscando alorado un medio o muchos medios de saciar sus ambiciones infundadas, sus ambiciones pueriles que le encaminen al logro de un mandarinato inconsecuente, deturpante, vengativo, sanguinario, arrastrando para ello, una turba de pobres gentes, de gentes que secundan los pasos del caudillo, sin darse cuenta—muchas veces—de lo malo que hacen a su país, a su familia; estas pobres gentes que acompañan a esos caudillos sin ideales, pero con rencores muchos, van de buena fé, sugestionados por ese señor caudillo que, muy comúnmente, es un señor General o un señor Coronel sin charreteras.

Pero, aun en esto tenemos que hacer alguna excepción: ha habido y puede haber caudillos que son buenas personas, y que van a la revuelta por una buena causa: se han dado estos casos, y hay de estos caudillos. Pero nosotros hablamos en general: hablamos del caudillismo que debe ya ir desapareciendo de nuestro ambiente. ¿A qué se debe esto de los caudillos?, preguntaría. Y respondemos:

es la lección del caos; porque caos fue toda aquella confusión de ideas en nuestros principios independientes que nacieron al calor solar del 15 de septiembre del año de 1821.

Pero no nos hemos enredado en estas breñas (léase caudillismo) por puro gusto de maltratar y condenar esas prácticas semi—bárbaras en nuestros pueblos. No. Algo más elevado nos ha conducido a ello. Es esto.

¿Qué es una huelga? Ya hemos respondido en otro lugar de este libro: una huelga es el principio de una revolución armada, o puede degenerar en revolución armada.

Pues bien: tenemos dos espectros frente a frente: las huelgas y el caudillismo en Centro América. Este es el grave peligro.

Vamos a verlo.

Vamos a suponer la parte favorable del asunto. Un grupo de obreros de un taller o fábrica o industria, decide pedir a sus patronos, ya aumento de salario o, ya disminución de la jornada de trabajo y, para ello se declara en huelga, es decir, abandona el trabajo, para hacer

más efectiva su petición. Y van a la huelga, arrastrando a sus demás compañeros. Y van a la huelga con buenas intenciones, es decir, con sólo la intención de conseguir las mejoras que solicitan. Ya están en huelga, se acercan al patrono o directores, clamando por sus mejoras. El patrono o directores, sorprendidos, se confunden, no acceden de pronto a lo que piden sus trabajadores. Al contrario, se escandalizan y reciben de mal modo a los trabajadores. Estos se acaloran, se retiran gritando, vociferando, amenazando con cometer ultrajes. A este tiempo, salta de por allí, uno o varios de esos individuos que, teniendo horror al trabajo, se han acostumbrado a medrar por medio de la vagancia, de la revuelta, del motín, de las revoluciones. En Centro América hay muchos de estos individuos que, además, se consideran ya unos caudillos políticos. Ven una ocasión propicia en el ánimo exaltado de aquellos obreros, porque, aunque no saben lo que significa la psicología de las multitudes, por una especie de instinto, se aprovechan del estado violento de aquellos huelguistas. Y

van a ellos, se mezclan con ellos, tienen un cierto modo de hablarles, de peyorarles, y los incitan no a que sigan en orden y prudencia la huelga, sino a que asalten y destruyan las propiedades, las fábricas o talleres del patrono o patronos. Y van más adelante: los incitan a la rebelión armada, se proporcionan unos cuantos machetes, unos cuantos fusiles, y hasta unos pocos rifles, y los inducen a atacar un puesto de guardia del gobierno. Y ya han empezado la revolución, no solamente contra sus patronos, sino más bien contra el Gobierno, de quien los incitadores son desafectos.

De este modo, la huelga se ha convertido en revolución, ahora directamente contra el orden establecido. ¿Qué hace, entonces, el Gobierno? Lo natural, lo que le ordena que haga la Constitución y demás leyes del Estado: organiza fuerzas, las reconcentra en el lugar amenazado, declara el Estado de Sitio en la parte afectada. ¿Que fácilmente venció a la facción y, de paso también acabó con la huelga? ¿Qué quedó en tal caso? Esto: no consiguieron su objeto los trabajadores que pedían aumento de su sala-

rio o la disminución en horas de trabajo; y el Gobierno movilizó algunas fuerzas, suficientes para acarrear muchos gastos. Total: pérdidas para los buenos trabajadores, pérdida también de una buena cantidad de dinero de las Arcas Nacionales, pérdida también en la destrucción parcial o completa de los intereses de los patronos. ¿Qué se hicieron los caudillos? Fueron presos o se fueron a la montaña, o traspasaron la frontera.

Así es como el caudillismo parasitario, destructor y venal, es un grave peligro combinado con las huelgas, entre nosotros.

Y, esto es lo que ha sucedido recientemente.

En el mes de agosto pasado, en el puerto y ciudad de La Ceiba, en la rica sección de la Costa Norte de la República de Honduras, hubo una gran huelga de los trabajadores de la compañía poderosa de Vaccaro Brothers, compañía de vapores y ferrocarrilera. Esta ha sido la primera gran huelga en Centro América, no solamente por la proporción numérica de los huelguistas, más de unos mil hombres, sino también por el tiempo

que duró, y los perjuicios que ocasionó en los intereses de la compañía Vaccaro Brothers y en el Estado. A esta compañía le destruyeron gran cantidad de racimos de bananos y cometieron otros daños más. Y, como la huelga, al correr de los días, se estaba trocando en una revolución, por la intervención oportuna de los caudillos enemigos del Gobierno, éste se vió precisado a declarar el Estado de Sitio en la Costa Norte del país, y levantó algún ejército para combatirla; felizmente, no llegó a haber choques armados, bien sea por la ineficacia de los caudillos, bien sea por la poca voluntad que tuvieron los trabajadores a secundar los insanos propósitos de los caudillos revoltosos. Cerca de un mes duró la huelga esa. Durante este tiempo, por consiguiente, se paralizaron los trabajos de la Compañía Vaccaro, se paralizó—por consecuencia—también el tráfico de vapores de la Compañía que transportan la fruta a los mercados norteamericanos y europeos. El Gobierno por su parte, gastó buenos dineros de las Arcas Nacionales, y dejó de percibir, por efectos de la huelga, en derechos

aduaneros sobre importación y exportación, y por otros impuestos, unos... \$200,000.00 plata, según informe semi-oficial. ¿Fue una buena ganancia la que obtuvieron los operarios huelguistas, comparado con el tiempo que perdieron y la alarma que ocasionaron a la sociedad? Creemos que no. Sólo pudieron conseguir que la Compañía les aumentara a \$0.09 cada racimo de banano que corte cada trabajador. ¿Y para tan poca cosa se hizo tanto escándalo? Si los trabajadores solos hubieran estado en sus demandas legítimas, y se hubieran comportado moderadamente, y se hubiera llegado a conciliar las cosas, quizá ese aumento en su salario hubiera sido una buena ganancia. Los trabajadores, pues, han sido víctima del caudillismo dasatentado, alevos, fementido. ¿Pero qué ganaron estos verdugos de la sociedad? Ganaron,—probablemente—el ocasionarle a sus amigos, una detención en las cárceles, como medio de cortar las cabezas a la hidra revolucionaria, medio impuesto en estos países, para resguardar a la sociedad y al Estado, de la calamidad de las revueltas intestinas que

muy pocas veces tienen razón de ser y que algunas veces, hasta son necesarias, según que su aspecto tenga o no, la simpatía de la opinión pública en mayoría, y se constituya para cortar a tiempo los desmanes de los mandarines caciquistas.

Para ir evitando la repetición de semejantes cosas en Centro América, y evitar las consiguientes alarmas, es de todo punto imperioso que los obreros todos se organicen; nombren sus sindicatos, reglamenten su organización y sus puntos de vista, ya que consideramos el sistema de huelgas, como un hecho que tenemos que aceptar querramos que no, puesto que de hecho lo tenemos; y que, además, lo consideramos como un medio lícitamente defensivo de los intereses del proletariado, al que debemos apoyar en sus aspiraciones legítimas de regeneración. No solamente no mezclarse, sino rechazar la intervención del caudillismo político, por ser nocivo para los intereses de los obreros; tener respeto al estado de cosas político reinante, rodear —en caso dado,— al Gobierno, para que éste pueda con libertad y desahogo, ayudar a los obreros, al pueblo todo, en

todo aquello que necesiten para mejorar su condición social y económica. Porque se dá el caso de que muchas veces el Gobierno está en las mejores disposiciones de ayudar a las organizaciones obreras y demás pueblo; pero con la incertidumbre, enseñado por la experiencia, de que aquellos movimientos, lejos de ser lícitos y plausibles, son viturables, por la intención agresiva y desafecta al Gobierno mismo, éste se encuentre indeciso frente al movimiento obrero, esperando ver más claro en las intenciones de éstos. En estas circunstancias, sucede—comunemente—que, cuando el Gobierno quiere favorecer el fenómeno obrero, ya es extemporáneo. Para evitar todo esto pues, es—así mismo—de todo punto urgente, que las masas obreras, con el otro pueblo, den demostraciones tendientes a desterrar del ánimo de los poderes públicos, esas dudas, esas incertidumbres, esas vacilaciones, constreñidas por experiencias pasadas, ante esas nuevas fases renovativas que han invadido nuestros ambientes sociales, directamente asentado en las masas obreras.

Organizaos, pues, obreros de Centro—

América, para que sigáis el movimiento de renovación que os pertenece por ley evolutiva, cosechando en vuestra marcha triunfal, no sangre, llanto y ruina, sino el maduro fruto de vuestras aspiraciones.

Ya aquello de «destruir para reconstruir» pasó de moda; esto era bueno para los tiempos bárbaros, semi-bárbaros. En nuestros tiempos se debe decir: «*construir en lo construido*», es decir, el mejor progreso.

Y, por su parte, los gobiernos ante las huelgas decentes de los obreros, no deben ver maliciosamente, a priori, actos agresivos en contra de ellos; sino que, por el contrario, convencidos de las sanas intenciones de aquellas demostraciones, mediante espíritu desapasionado e inteligente, permitir, no solamente permitir, sino también apoyar esas justas modernas del proletariado, que pugna por sacudir el oprobio esclavizante que por tanto tiempo lo ha tenido pegado al poste del capitalismo.

Nos parecen éstos los mejores medios, y los más prácticos, de ir componiendo las cosas. Con ello ganarán: el Gobier-

no, la sociedad, el Estado, y el proletariado mismo.

Así es cómo, también, las organizaciones obreras, doctrinarias, darán en tierra con el caudillismo. En efecto: ¿en dónde otra parte encontrarían eco las asonadas de los caudillos? El proletariado todo, se irá compenetrando, con el ejemplo en las organizaciones obreras, de la necesidad de hacer el vacío elocuente, a los gritos desaforados de esta clase de aves de rapiña.

CAPITULO SEXTO

CÓMO SE SOLUCIONAN LAS HUELGAS

Los procedimientos hasta ahora puestos en boga, en los países europeos, norteamericanos y en algunos sudamericanos, han sido:

1o.—El arbitraje judicial, es decir, obligatorio.

2o.—El arbitraje conciliatorio, es decir, voluntario.

3o.—Por medio de los «quebra huelgas».

4o.— El sistema de «cerrojazos».

5o.—El sistema intervencionista.

Examinemos cada uno de estos sistemas, y digamos cuál de ellos conviene, para principiar, en la solución satisfactoria de las huelgas entre nosotros. Porque, entendemos que lo conveniente para uno o unos pueblos, quizá es inconveniente para otros. Marca el acertado procedimiento, el grado de cultura de cada país. Aquí, en donde todo está por hacer, en donde la intervención del

Gobierno parece un caso bueno de arreglo, será el que se mantenga, mientras el obrerismo centroamericano se organiza convenientemente y se ponga a la altura de *poder consciente*.

Así ha sucedido en Europa, cuando las huelgas, como consecuencia de las doctrinas socialistas, empezaron a manifestarse en los ambientes sociales. Y se llegó allá también al procedimiento violento de la intervención armada para disolver a los huelguistas. Aun se observa este procedimiento, según las proporciones alarmantes que llegue a alcanzar una huelga, y, sobre todo, la intención subversiva que la caracterice.

Siempre que se pueda evitar semejante procedimiento, tanto mejor, y los poderes públicos guardarán actitud expectante, y tomarán las debidas precauciones para evitar excesos complicados de rebeliones armadas.

En seguida de las batallas entre huelguistas y soldados y policiales, que acababan con la huelga, pero que no solucionaban el conflicto, se vino en la mediación del «arbitraje obligatorio.»

Consiste este sistema: en el nombra-

miento de jueces industriales, ante quienes comparecen delegados de entrambas partes contendientes, es decir, delegados de los patronos, y de los obreros organizados. Oídas las partes, hecho el resumen del proceso, dictan su laudo, el cual tiene que ser cumplido por ambas partes.

Comentario: este procedimiento tiene el grave inconveniente de suplantar la libertad de los obreros y de los patronos, quienes se ven obligados a cumplir el laudo, aunque salgan perjudicados, bien los patronos, o bien los obreros. Hay en ello violencia, fuerza, imposición, todo lo cual no cuadra con la libertad de petición, de protesta que debe caracterizar a todo ciudadano libre,

“Arbitraje conciliatorio”. Sistema: que está exento de la “aparatosidad” en mucho enrevesada de los tribunales, y tiene de ventajoso el poner al habla a patronos y obreros, lo que permite que unos y otros hagan uso de la libertad de petición y de protesta y, además, la facultad de examen, de discusión, etc. pudiendo, de esta manera entrar en buenos arreglos, patronos y obreros,

consultando los intereses de una y otra parte.

Cementario: son indiscutibles las ventajas de este sistema al anterior, por cuanto que permite la libertad de examen, de discusión, de protesta, de avenencias; etc. por medio de representantes con plenos poderes, elegidos libremente, que se abocan y se armonizan y concilian el conflicto. Estos representantes, como son directa y efectivamente escogidos por los obreros huelguistas, son verdaderos portavoces de esos mismos obreros; lo que ellos hacen, por tanto, está bien hecho, y todo el mundo queda o puede quedar satisfecho, volviendo a reanudar su trabajo, con la alegría de la satisfacción y del triunfo. Igual cosa pasa por el lado de los patronos: ellos escogen para que los representen, a sus mejores colaboradores. De manera que ellos también quedan o pueden quedar satisfechos. Y ello es natural: abocados en asamblea voluntaria, arreglada al orden, unos y otros tienen libertad de defender acertadamente sus intereses, encontrando, por fin, un medio que pone en situación equitativa

el desenlace de la contienda económico-social. Así no puede quedar ni entre los obreros ni entre los patronos, ese disgusto reconcentrado que puede quedar con la violencia y la imposición de un laudo judicial, como sucede en el sistema de «arbitraje obligatorio». Pero tenemos que hacer una objeción para la aplicación de este buen sistema, y es esta: para que dé los resultados satisfactorios a que está llamado, por su índole misma, se necesita que el obrerismo, los patronos, los mediadores, estén capacitados para no ceder a las violencias, a las inconsecuencias, a la terquedad, y que los anime, en cambio, un espíritu de justicia, de libre examen, y, sobre todo, de buena voluntad de arreglar las cosas pacíficamente.

Sistema de los «quiebra huelgas». Consiste: en dejar buenamente a los huelguistas que se diviertan a su modo, recurriendo el patrono o los patronos, a reclutar otros operarios para reemplazar a los levantados en huelga, quienes son vigilados por las autoridades para evitar desórdenes que pudieran cometer.

Comentado este sistema, el sistema

puede llamarse, sólo puede ser posible— como se comprende— allí donde abundan los brazos, allí donde la oferta de la mano de obra está en gran porcentaje, que permite recurrir prestamente a este recurso. Pero aun así, ello sería posible para ciertos trabajos que den cabida a pequeños grupos de trabajadores, como por ejemplo, los servicios tranviarios, ferrocarrileros, almacenaje, trasbordos. Pero sería dificultoso, por ejemplo, para esas grandes fábricas, grandes talleres, minerías, etc.

Sistema de «cerrojazos». No estamos bien enterados de lo que significa este sistema aplicado contra las manifestaciones huelguistas. Pero suponemos que consiste: en que los patronos, dejándose de contemplaciones, hallan más cómodo en cerrar sus talleres, sus fábricas, para mientras vuelven voluntariamente los operarios.

Comentario: este sistema es poco usado. Se podrá aplicar a talleres o fábricas de poca importancia, tanto que su cierre no perjudique en grande escala los intereses de los patronos, ni los intereses de la sociedad. De lo contrario,

los patronos no podrán recurrir a ello, ni los gobiernos podrían permitirlo, por ser dañino para el Estado y para la sociedad, a las que tienen los gobiernos deber de proteger.

Sistema de «intervención». Consiste: en que el gobierno interviene indirectamente en la solución pacífica de las huelgas, nombrando representantes suyos, y funcionarios del Estado, para que se aboquen con delegados de los obreros y de los patronos, entiendan de la controversia y ayuden a que se pongan de acuerdo las partes contendientes, sin presión armada.

Comentario: en los países adelantados en donde tanto obreros y patronos comprenden perfectamente sus deberes, los patronos en interés de sus operarios, y viceversa, comprendiéndose que unos y otros están animados de la mejor voluntad para conciliar las diferencias que ocasionaron la huelga, la intervención del Gobierno no es necesaria. Pero, en los países como los nuestros, en donde falta mucho que hacer a este respecto, aque-
lla intervención tiene un razón de ser, y **hasta es** necesaria, impidiéndonos de de-

recho. Ciertamente es que de esta manera se cohibe en algo la libertad del ciudadano; pero es que para conquistar esta libertad, es necesario que el ciudadano sea positivamente ciudadano y no lo sea sólo de nombre o nominalmente. Darle libertad a un niño, es perfectamente imprudente; este niño puede embarrancarse en su andar a ciegas, sin los cuidados de sus padres. Toda intervención de arbitraje, como práctica moderna de solucionar cuestiones, debe ser bienvenida. Lo que es vituperable e inconveniente es, toda intervención armada, todo atropello por la fuerza. No estamos de acuerdo, por tanto, con los que aconsejan que al pueblo, por ignorante que sea, se le deje en libertad, para que se vaya ensayando en la conquista de sus propios intereses. Lo mejor es que este pueblo, en su marcha hacia su regeneración social, encuentre un apoyo que le evite tantas caídas y golpes que encontraría con sus pasos vacilantes. Cuando, de este modo, a esos esfuerzos suyos y apoyado por el Estado, llegue a colocarse en el lugar del verdadero ciudadano, entonces sí dejarlo que se las componga por sí solo; porque en-

tonces sabrá lo que hace y lo que no debe hacer.

La Rusia Soviet, a juzgar por las noticias imparciales que tenemos, es un desastre: se quiso dejar correr a un niño. Este niño está moribundo. Enfermedad, hambre, miseria y muerte, es lo que hay en la tierra de los Czares. Las recientes noticias nos dicen que más de 200,000.00 personas han emigrado de Moscoú. Con los que mueren y los que emigren, Lenin y Trotsky van a mandar dentro de poco, un pueblo sin gente. Si se hubiera establecido en Rusia, un gobierno popular, verdaderamente popular y democrático, otra fuera la suerte del pueblo ruso. Pero se le quiso subir de un sólo salto, y se ha matado. Y, esta será la suerte que toque a todo el que dé un salto para el que no está diestro.

CONCLUSION

Ahora, concretándonos a los fenómenos huelguistas en Centro-América, debemos aconsejar, para sus soluciones convenientes, el último sistema de los indicados anteriormente. Se entiende que el Gobierno no debe de situar fuerza armada ni policía en el lugar donde se esté arbitrando el conflicto obrero. Eso sería de pésimo efecto, y no significaría más sino que aun seguimos en las prácticas semi—bárbaras, en las prácticas de los mandarines caciquistas.

Por no haber en Centro-América todavía creadas sindicaturas permanentes que entiendan expresamente de estos asuntos, el Gobierno es el llamado a poner sus buenos oficios entre trabajadores y empresarios, para dar pacífica solución a la contienda suscitada. Así sucedió en la huelga que hubo en La Ceiba, en el mes de agosto del corriente año y que hemos citado en otro lugar, de este libro. El Gobierno de Honduras, al mismo tiempo que preparó fuerza ar-

mada suficiente a sofocar cualquier desórden que pudo originar la efervescencia de ánimos, comisionó a distinguidas personas de San Pedro Sula, para que fueran a La Ceiba, a intervenir amistosamente, entre los huelguistas trabajadores, y los señores Vaccaro Bros, empresarios. El Gobernador de La Ceiba, fue—desde luego—el llamado, como representante del Gobierno, a interesarse en la buena conducción a solucionar el conflicto. Pero, como se quiera que había complicaciones caudillescas en la huelga, había—de consiguiente—cierta resistencia de parte de los obreros, a conformarse con las amigables proposiciones que se les hacía. Los señores Vaccaro Bros, invitaron a honorables personas de La Ceiba, quiénes presididas por el abogado de la Compañía, en unión de los mismos empresarios, entraron a discutir la solución del asunto huelguista, con representantes del gobierno, y delegados de los trabajadores. Como no vé, sería esta una nueva forma de parlamentarismo, que se acerca mucho al sistema de arbitraje conciliatorio con la diferencia de que en éste

sólo hay dos grupos: delegados de los obreros, y representantes del patrono. Podríamos llamar a este nuevo procedimiento: «sistema mixto de conciliación». Y es la mejor forma, nos parece, de la intervención del Estado en los asuntos huelguistas. Cuanta más amplia es la discusión, tanto más se ilustran los debates y mejor parados saldrán los intereses de los obreros; pues querría decir, en primer lugar, que no se trata de cohibir sus derechos ni su libertad, y en segundo lugar, querría decir, que el Gobierno tiene buena voluntad de proteger los intereses del obrero, al tiempo que los intereses de los empresarios. Se vé pues, de parte del Gobierno, una marcada tendencia a dar cumplimiento con las doctrinas democráticas, que informan las leyes de la República de Honduras.

En Honduras se ha dado, pues, el primer gran paso, en esto de los avances regenerativos del proletariado centroamericano. Toca a los demás gobiernos de Centro América, imitar aquel buen sistema de solucionar huelgas de modo pacífico, que es el modo preferente, en todo caso, y a ser posible.

Para mientras, el sistema de «intervención» es muy recomendable; y mejor recomendable es el sistema de «reconciliación mixta», como genuinamente centroamericano. El proceso de los avances de la renovación social entre nosotros, irá marcando nuevas fases de arbitramento en las huelgas obreras.

Para nosotros, el sistema de «intervención» se formaría de esta manera: con los señores gobernadores departamentales, con el señor Alcalde de la ciudad y con el abogado del Gobierno, quien acudiría con plenas instrucciones del Gobierno, al lugar de la huelga.

El sistema genuino centroamericano ya queda indicado arriba.

Para concluir este trabajo, queremos hacerlo con las hermosas ideas de Abraham Lincoln, en su mensaje al Congreso de Washington, el 8 de diciembre del año de 1861, siendo Presidente de la República norteamericana, como para dar una orientación en las aspiraciones renovativas del proletariado centroamericano. Decía Lincoln, en aquella fecha:

• No fuera justo que en la actual situación dejase
faltar la voz de advertencia contra la posi-

bilidad de un futuro despotismo. Ni tampoco es necesario argumentar en favor de las instituciones populares; pero hay un punto sobre el que debo llamaros la atención y es el de los esfuerzos para colocar el trabajo en paridad con el capital. Estamos todos conformes en que el valor del trabajo depende del valor del capital, pues nadie puede trabajar sin los medios necesarios para cumplir eficazmente su labor. Pero el capital es fruto del trabajo y no existiría el capital si el trabajo no lo hubiese precedido. Por lo tanto, el trabajo aventaja en valía intrínseca al capital y merece altísima consideración. Nadie es más digno de confianza que quien por el trabajo se emancipó de la pobreza ni nadie tan incapaz de codiciar bienes ajenos, Guárdense de abdicar del poder público que nuestras instituciones les otorgaron; porque si de él abdicaran serviría para cerrarles el camino del progreso y perder hasta el último vestigio de libertad».

Estas magníficas ideas señalan un gran punto de partida, a gobiernos y proletariado.

FIN

INDICE

TEXTO	PÁGINA
Introducción.....	5
CAPÍTULO I	
¿Qué son las huelgas? Su origen.....	33
CAPÍTULO II	
Clases de huelgas. Huelgas científicas. Huelgas pueriles.....	57
CAPÍTULO III	
Significación social de las huelgas.....	86
CAPÍTULO IV	
Concepto filosófico de las huelgas. ¿Con- vienen o no las huelgas?.....	98
CAPÍTULO V	
La renovación social en Centro América. El peligro de las huelgas. El caudillismo.....	104
CAPÍTULO VI	
Cómo se solucionan las huelgas.....	128
Conclusión.....	133

LA
331
F36
slv
Ej.